



La Ilíada

— HOMERO —

LA ILÍADA

ÍNDICE

Causas del sitio de Troya	2
Capítulo I. Disputa de Aquiles y Agamenón	4
Capítulo II. El Consejo	10
Capítulo III. Combate entre Paris y Menelao	16
Capítulo IV. De cómo Menelao fue herido y portentosas hazañas de Diomedes	21
Capítulo V. Coloquio de Héctor y Andrómaca	28
Capítulo VI. Singular combate de Héctor y Ajax	32
Capítulo VII. Incineración de los cadáveres. Batalla de la llanura interrumpida	35
Capítulo VIII. Embajada a Aquiles	41
Capítulo IX. Los caballos blancos de Reso	45
Capítulo X. Batalla en la llanura	50
Capítulo XI. Muerte de Patroclo	53
Capítulo XII. Aquiles toma parte en el combate	57

CAUSAS DEL SITIO DE TROYA

En el denso bosque que cubría el monte Ida, no lejos de la poderosa ciudad de Troya, Paris, hijo del rey Príamo, cuidaba una noche las ovejas de su padre.

De repente, surgió de lo profundo del bosque una luz deslumbrante, como si el sol y la luna brillaran al mismo tiempo. Envueltas en el resplandor de aquella luz radiante, el joven distinguió a las tres diosas más bellas del Olimpo: la majestuosa **Juno**, de brazos blancos como la nieve; la sabia **Minerva**, de ojos brillantes; y la encantadora **Venus**, diosa de la belleza.

Entonces, la dulce voz de Juno sonó como música celestial: —Paris, entre todos los mortales, tú eres el más hermoso. Acudimos a ti las tres para que seas nuestro juez. Dinos, pues, cuál es la más bella, y a la que elijas, dale esta manzana de oro. Así habló Juno y le tendió a Paris una manzana de oro purísimo, añadiendo:

—Si me das el premio de la belleza a mí, Juno, diosa de diosas y esposa del todopoderoso Júpiter, rey de los dioses, te concederé un poder increíble. Serás rey desde donde nace el sol hasta donde se pone, y cien pueblos te aclamarán como señor.

A su vez, Minerva, hermosa y pura como los rayos plateados de la luna, rompió la tranquilidad de la noche sin estrellas, diciendo: —Dame el premio de la belleza, Paris, y serás tan sabio como los dioses. Con mi ayuda, todo te será posible.

Habló la última, Venus, envuelta en una luz rosada como la de la aurora en primavera.

—¿Qué son el Poder y la Sabiduría, hermoso Paris? —dijo—. Ninguna de esas cosas te dará la felicidad. Si me das el premio, te concederé el Amor y por esposa tendrás a la mujer más bella del mundo.

Y Paris, escuchando aún la melodiosa voz de Venus y fascinado al contemplar su incomparable belleza, le entregó la manzana de oro.

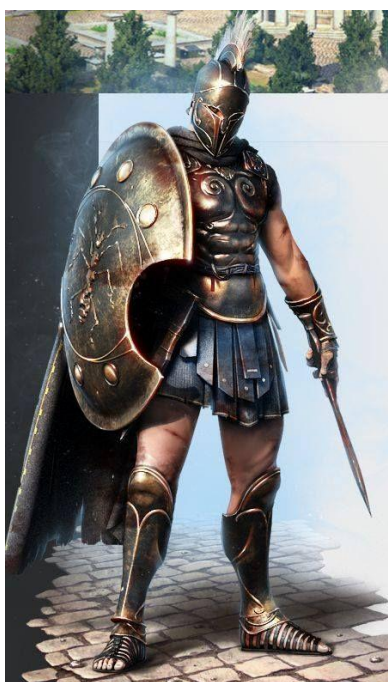
Por esta razón, la furia de las diosas cayó sobre Paris y sobre Príamo. Juno y Minerva, llenas de rabia, juraron vengarse de él y de toda su familia, y pidieron ayuda a Júpiter para llevar a cabo su plan.

Paris, guiado por Venus, emprendió un viaje en barco hacia Esparta. Allí reinaba Menelao, un valiente rey que vivía felizmente con Helena, su

esposa, la más bella de todas las mujeres, y con su pequeña hija Hermiona.

Menelao recibió a Paris de manera excelente. El aspecto varonil y hermoso de Paris impresionó mucho a todos. Y en cuanto Paris miró a Helena, vio que no había en el mundo otra mujer que pudiera comparársele en belleza.

Entonces Venus hizo que Helena fuera víctima de sus hechizos. Ella perdió en el acto todo el amor que antes sentía por su marido y ya no se acordó más de su querida hija Hermiona. Y cuando Paris le habló de amor y le rogó que huyera con él para ser su esposa, la pobre, sin fuerzas para resistir, aceptó la propuesta. Los dos huyeron de Esparta en el barco de proa roja, a través de las olas grises, en dirección a Troya, donde el monte Ida elevaba su blanca cima sobre los bosques.



Menelao, que amaba profundamente a su esposa, al darse cuenta de que Paris la había raptado, fue sin perder un instante a quejarse a Agamenón, rey de Micenas y de Argos.

Al enterarse de la mala acción de Paris, Agamenón dio las órdenes necesarias para reunir a las tropas griegas, que llegaron a ser cien mil hombres. Se preparó también una flota de mil ciento ochenta y seis barcos listos para zarpar hacia Troya.

Muchos fueron los héroes que salieron de Grecia hacia Troya para castigar a Paris y a sus parientes, y con el fin de rescatar a Helena y llevarla al lado de su esposo.

Muchos fueron los héroes que salieron de Grecia

Pocos fueron, sin embargo, los que regresaron a su patria, porque sitiados y sitiadores tuvieron que sufrir diez años de fatigas, y mucha sangre corrió ante los muros de Troya por causa de la fatal belleza de Helena.

CAPÍTULO I

DISPUTA DE AQUILES Y DE AGAMENÓN

Los griegos habían montado su campamento frente a las murallas de Troya y cada día atacaban la ciudad.

Unas veces ganaban los griegos y otras los troyanos, pero ninguno de los dos ejércitos lograba la victoria definitiva.

Y así pasaron nueve largos años.

En una ocasión, parte del ejército griego fue a la ciudad de Crisa y la saquearon, regresando al campamento con un rico botín y muchos prisioneros.

Entre ellos se encontraba una hermosa joven llamada Criseida, hija de Crises, un anciano sacerdote del templo de Apolo. Agamenón, al verla, la eligió como parte de su botín y la hizo su esclava.

En busca de su hija, llegó de Crisa el anciano sacerdote, llevando consigo un gran rescate para obtener la libertad de Criseida. Se presentó ante los barcos griegos llevando sus símbolos sacerdotales para demostrar que el dios Apolo lo acompañaba en su súplica a Agamenón, rey supremo de los griegos, para que liberara a su hija.

—¡Que los dioses os permitan destruir la ciudad de Troya y regresar felizmente a vuestra patria! —dijo Crises—. Tomad este rescate y liberad a mi hija.

Los griegos aceptaron de buena gana que Criseida fuera devuelta a su padre, esperando así poder repartirse el rico rescate. Pero Agamenón no pensó lo mismo y echó de su presencia al anciano sacerdote. —¡Que no te vuelva a encontrar cerca de los barcos! —dijo a Crises—, porque, de lo contrario, tus insignias de sacerdote no te servirán de nada. Tu hija será mi esclava y jamás volverá a tu patria. Ahora vete y no me irrites más.

El anciano, aterrorizado por tales palabras, se marchó tristemente por la orilla del turbulento mar. Mientras se alejaba, iba rogando al dios Apolo: —¡Óyeme, dios del arco de plata! Si alguna vez adorné tu templo de forma agradable para ti, o te sacrificué toros y cabras, ¡cumple mi deseo! ¡Que los griegos sean castigados por tus flechas por sus palabras!

Apolo, desde el monte Olimpo, oyó la plegaria de su sacerdote e, irritado al ver cómo lo trataban, descendió empuñando el arco de plata y llevando en la espalda su carcaj de flechas. Y con la rapidez de la oscura noche al caer sobre la tierra, así se precipitó el dios sobre Agamenón y su ejército. Se sentó a cierta distancia de los barcos y tensó con tremenda fuerza el arco de plata.



Al principio, solo mulos y perros cayeron víctimas de sus flechazos, pero luego el dios empezó a disparar sus flechas mortales contra los hombres.

Durante nueve días, muchos griegos cayeron heridos por las flechas del vengativo dios. Por el mismo tiempo, negras columnas de humo se elevaban de las hogueras funerarias de los guerreros muertos y, enroscándose en el aire, se

perdían en el mar.

Al décimo día, Aquiles, el de los pies ligeros y el más valiente de todos los héroes griegos, hijo de un guerrero mortal y de la diosa Tetis, convocó a una junta a los jefes del ejército.

—La guerra y la peste están acabando con nosotros —dijo—. Será preciso consultar a un adivino, alguien que interprete sueños o un sacerdote, para que nos diga por qué Apolo está tan irritado. Tal vez si le sacrificamos algunos corderos, querrá librarnos de la peste.

Entonces Calcas, el más sabio de los adivinos griegos, se levantó y dijo: —Tales desgracias han caído sobre nosotros por el ultraje que Agamenón hizo a Crises, sacerdote de Apolo. Con sus pestilentes flechas, el dios no dejará de matarnos hasta que hayamos devuelto a Criseida, la de los ojos brillantes, a su padre, libre y sin rescate, y hasta que hayamos entregado al sacerdote cien reses para sacrificarlas al irritado Apolo.

Dichas estas palabras, Calcas se sentó. Enseguida se levantó el poderoso Agamenón, lleno de cólera y con los ojos echando fuego.

—¡Mal profeta eres, Calcas! —gritó—. Solamente has predicho desgracias. Ahora afirmas que Apolo nos envía calamidades porque no

quise aceptar un rico rescate por Criseida, a la que amo más que a mi propia esposa. No obstante, la devolveré a su padre, pues no quiero que mi pueblo perezca. Pero, a cambio, quiero obtener otra recompensa. ¿Por qué yo solo, entre todos los griegos, he de perder mi botín? Me parece que eso no es justo.

—De ningún modo, muy noble Agamenón —contestó Aquiles—. Eres demasiado codicioso. Entre todos no tenemos suficiente para recompensarte por la pérdida de Criseida, porque el botín ganado en el saqueo de las ciudades ya está repartido. No obstante, devuelve a Criseida a su padre, y los griegos te pagaremos tres o cuatro veces su valor si los dioses nos permiten tomar la fuerte ciudad de Troya. —¿Quieres engañarme, Aquiles? —contestó Agamenón enfurecido—. ¿Quisieras despojarme de lo que es mío y no darme nada a cambio? Si tú no quieres darme la recompensa que mi honor requiere, la tomaré por mi mano, ya te pertenezca a ti, o sea de Ulises, o forme parte del botín de otro cualquiera; y te aseguro que se enfadará aquel a quien yo le quite lo suyo. Pero de esto ya hablaremos luego. Ahora, echemos al mar un barco negro, embarquemos víctimas para sacrificarlas al flechador Apolo, y también a Criseida, la de mejillas rosadas.

Entonces Aquiles, el de los pies ligeros, miró a Agamenón con el ceño fruncido.

—¡No tienes vergüenza! —gritó—, y además eres un hombre codicioso. ¡Por ti y por tu hermano Menelao dejé mi casa y mi patria para vengaros de los troyanos, y ahora tú, cara de perro, te atreves a amenazarme con robarme el premio que los griegos me dieron! Te aseguro que no volveré a luchar por ti. Me volveré a mi tierra, porque no pienso quedarme aquí sin honor para conseguirte riquezas.

—¡Huye si quieres! —respondió Agamenón—. No te ruego que te quedes. Otros me honrarán. Eres el más odioso de los reyes para mí, pues solo te gustan las disputas, las guerras y las batallas. Vete a casa con tus barcos y tus compañeros, pero sabe que tomaré a tu hermosa Briseida de tu tienda para que aprendas cuán más poderoso soy yo que tú.

Aquiles sintió una furia terrible y estuvo a punto de sacar su espada y matar a Agamenón, pero la diosa Minerva, enviada por Juno, bajó del cielo y, poniéndose detrás de él, tiró de sus rubios cabellos. Aquiles se volvió sorprendido y reconoció a la diosa por el terrible brillo de sus ojos. —¿Por qué vienes, hija de Júpiter? —preguntó—. ¿Acaso para presenciar la insolencia de Agamenón?

—Vengo del cielo para calmar tu cólera —dijo Minerva—. Contento, pues, y no saques la espada. Te aseguro que un día recibirás dones tres veces más valiosos por este ultraje.

Aquiles obedeció, aunque a regañadientes, y envainó su pesada espada. Luego, se dirigió de nuevo a Agamenón:

—¡Borracho, con ojos de perro y corazón de ciervo! Nunca has tenido valor para armarte e ir a la batalla con tu gente. Juro por este cetro, que nunca más volverá a tener hojas ni brotes desde que fue cortado en la montaña, y que ahora llevan en sus manos los jueces griegos que guardan las leyes de Júpiter; juro que, así como este cetro no volverá a ser verde, así los griegos me echarán de menos algún día cuando caigan a centenares ante Héctor. Entonces sentirás rabia en tu corazón por no haber sabido honrar al más valiente de tus guerreros.

Así habló Aquiles, golpeando la tierra con su cetro adornado con clavos de oro, mientras la furia de Agamenón iba en aumento. Entonces Néstor, el más anciano y elocuente de los guerreros, con palabras amables, trató de calmar los ánimos de los dos contendientes, pero ni Agamenón ni Aquiles quisieron hacer caso de sus razones conciliadoras.

—¡Puedes tomarme a mi hermosa esclava Briseida —dijo Aquiles—, pues al fin y al cabo los griegos me quitarán lo que me dieron; pero no te atrevas a poner tu mano en ninguna otra cosa mía, porque si lo hicieras, tu negra sangre correría a lo largo de mi lanza!

Entonces se dio por terminada la junta y en un rápido barco se embarcó a Criseida para ser llevada a su padre. La acompañaban Ulises y algunos otros guerreros, los cuales habían cargado en el barco cien reses para ofrecer un sacrificio agradable al irritado dios Apolo.

Agamenón, sin olvidar la amenaza que había dirigido a Aquiles, llamó a unos heraldos y les ordenó:

—Id a la tienda de Aquiles y traedme a su hermosa esclava Briseida. Los mensajeros echaron a andar por la playa de muy mala gana, hacia el lugar donde se encontraba la tienda de Aquiles. Él estaba sentado a la entrada y, al ver a los heraldos, comprendió en seguida cuál era la misión que los llevaba allí.

—Bienvenidos seáis, heraldos —dijo—. Para mí no sois culpables, sino Agamenón, que os ha mandado quitarme a mi hermosa Briseida. Lleváosla, y desde ahora os aseguro que cuando Agamenón tenga

extrema necesidad de mí para salvar a sus tropas de un final vergonzoso, no le prestaré la menor ayuda.

Entonces Patroclo, amigo de Aquiles, sacó a Briseida para que se la llevaran. Se marcharon con ella los heraldos hacia los barcos griegos, y Briseida los siguió de mala gana.

Aquiles la acompañó con la mirada hasta que desapareció. Luego, sentándose a la orilla del agua, rompió en llanto y, uniendo sus manos en actitud suplicante, llamó a su madre Tetis, hija del dios del mar. Ella lo oyó desde las profundidades de las aguas e inmediatamente se elevó como niebla de las espumosas olas. Sentándose al lado de su desconsolado hijo, lo cogió de la mano y empezó a dirigirle palabras consoladoras.

—¿Por qué lloras, hijo mío? —preguntó—. Dime cuál es el pesar que sientes.



Aquiles, el de los pies ligeros, relató a su madre la afrenta que Agamenón le había infligido. Llena de ira y pesar, Tetis derramó lágrimas junto con su hijo.

—Breve será tu vida, hijo mío. ¡Ojalá no hubieras nacido! Pero no temas, porque yo misma iré al nevado Olimpo, me abrazaré a las rodillas de Júpiter y espero poder persuadirlo de que te vengue.

Dichas estas palabras, partió, dejando a su hijo muy irritado. Al día siguiente, se levantó de nuevo del mar y subió al Olimpo.

—Padre Júpiter —dijo al Rey de los dioses—. Si alguna vez te he sido útil con palabras u obras, cumple ahora mi deseo. Honra a mi hijo, el héroe de breve vida, a quien el rey de hombres, Agamenón, ha ultrajado arrebatándole su botín, que aún conserva. ¡Véngalo, oh Júpiter Olímpico, concediendo la victoria a los troyanos, hasta que los griegos le den satisfacción y lo colmen de honores!

Júpiter bajó su radiante cabeza en señal de asentimiento; los divinos cabellos del inmortal soberano se agitaron y, a su influjo, se estremeció el vasto Olimpo.

Luego Tetis saltó a las profundas aguas desde la morada de los dioses, para presentarse ante su padre, el dios del mar.

CAPÍTULO II

EL CONSEJO

Aquella noche, tanto los dioses como los hombres durmieron profundamente; pero Júpiter no disfrutó del sueño, porque su mente buscaba la manera de honrar a Aquiles y, de paso, causar una gran masacre entre los barcos griegos.

Al final, pensando que lo mejor sería enviar un Sueño engañoso a Agamenón, llamó a uno de estos seres, pues por medio de sueños los dioses enviaban mensajes a los mortales.

—Anda, Sueño pernicioso, ve hacia los rápidos barcos griegos, entra en la tienda de Agamenón y dile, palabra por palabra, lo que te voy a encargar. Ordénale que arme a los griegos de larga cabellera y que empiece el ataque, pues ahora podrá tomar la fuerte ciudad de Troya.

El Sueño partió al oír el mandato. Llegó en un instante junto a los barcos griegos y, encontrando dormido a Agamenón en su tienda, se colocó sobre su cabeza tomando la figura de Néstor, el anciano guerrero a quien Agamenón más respetaba. Así transformado, el Sueño celestial le dijo: —¿Duermes, Agamenón? No debe dormir toda la noche el príncipe a quien los guerreros han confiado el mando, y que tiene a su cargo tantas cosas. Óyeme atentamente, pues vengo a traerte un mensaje de Júpiter. Él te ordena que armes a los griegos de larga cabellera y ataques la ciudad de Troya, pues ahora podrías tomarla. Graba mis palabras en tu memoria y no las olvides cuando el dulce sueño te abandone. Dicho esto, se marchó, elevándose como una ligera bruma hacia el monte Olimpo.

La divina Aurora subía al cielo para anunciar a los dioses la llegada del día, cuando Agamenón ordenó que los heraldos de voz potente convocaran a una junta a los griegos de larga cabellera. Antes se había puesto su hermosa túnica y calzado sus sandalias. Se armó con su espada de empuñadura plateada y, tomando el cetro como símbolo de su autoridad, acudió al Consejo que había convocado.

Entonces relató a sus líderes el Sueño divino que Júpiter le había mandado y añadió:

—Veamos cómo podemos conseguir que los griegos tomen las armas. Para ponerlos a prueba como es debido, les aconsejaré que huyan en

los barcos. Vosotros, hablándoles unos por un lado y otros, por el contrario, intentad detenerlos.

Seguidamente se levantó Néstor y dijo a los reunidos:

—¡Amigos, príncipes y capitanes! Si algún otro griego nos contara un sueño así, lo creeríamos falso y desconfiaríamos de él; pero lo ha tenido el más poderoso de los griegos. Veamos, pues, cómo podemos conseguir que los griegos tomen las armas.

Entonces los reyes, príncipes y capitanes se levantaron. Como numerosos enjambres de abejas que vuelan agrupadas sobre las flores primaverales, así acudieron los guerreros desde los barcos y tiendas al lugar donde se celebraba el Consejo.

Costó mucho dominar el alboroto que producían, pero nueve heraldos consiguieron, por fin, que prestaran atención a lo que los reyes iban a decirles.

Restablecido el silencio, se levantó el Rey Agamenón, empuñando el cetro, y habló así a los guerreros:

—¡Amigos, héroes griegos, siervos de Marte! Júpiter me ha metido en un gran problema. Nos prometió y aseguró que destruiríamos la bien amurallada Troya, pero todo ha sido un engaño, pues ahora me ordena abandonar el sitio sin gloria, después de haber perdido tantos hombres. ¡Qué vergüenza para nosotros que un ejército tan grande como el nuestro haya hecho una guerra tan inútil y vana! ¡Combatir contra un número menor de hombres y no saberse aún cuándo terminará la guerra! Nueve años han pasado ya; los maderos de nuestros barcos se han podrido y las cuerdas están deshechas; nuestras esposas e hijos nos esperan y la victoria está tan lejos de nosotros como el día en que llegamos aquí. Así pues, ¡vámonos en los barcos a nuestra patria, porque Troya no caerá nunca en nuestro poder!

Así habló Agamenón, y a todos los que no habían asistido al Consejo se les conmovió el corazón. Los hombres se agitaron como las olas que en el mar levantan los huracanes al caer con fuerza desde las nubes amontonadas por Júpiter. Como el viento suave mueve un campo de trigo y se ciernen sobre las espigas, de igual manera se movieron los hombres. Con gran griterío y levantando nubes de polvo, echaron a correr hacia los barcos; se animaban mutuamente para tirar de ellos y echarlos al mar; limpiaron los canales, quitaron los soportes y su alegre vocerío, esperando volver a la patria, llegó hasta el cielo.

Y, realmente, los griegos habrían regresado antes de lo dispuesto por el destino, si Juno no le hubiera dicho a Minerva:

—¿Vamos a permitir que los griegos se marchen a su patria y dejen sin castigo a París y a Helena en Troya, por la cual tantos griegos murieron lejos de su país? Ve enseguida al ejército de los griegos y detén con suaves palabras a cada guerrero, y no permitas que echen al mar los cóncavos barcos.

Minerva obedeció. Bajando en rápido vuelo desde las cumbres del Olimpo, pronto llegó a los barcos griegos y encontró al prudente Ulises, que estaba inmóvil al lado de su negro barco de muchos remos, porque la tristeza invadía su corazón. Minerva, entonces, poniéndose a su lado, le dijo:

—¿Huiréis a vuestras casas, embarcados en los barcos de muchos remos, y abandonaréis a los troyanos y a Helena, por la cual tantos griegos han perecido lejos de su patria? Ve enseguida al ejército de los griegos, detén con suaves palabras a los guerreros y no permitas que echen al mar los curvos barcos.

Al oír las palabras de la diosa, Ulises se quitó el manto y corrió hacia donde estaba Agamenón para que le diera el cetro. Con él en la mano, fue hacia los barcos griegos.

Cuando encontraba a un rey o a un valiente capitán, se detenía y le decía con amables palabras:

—No es digno de ti temblar como un cobarde; detente y haz que se detengan los demás, pues no conoces las verdaderas intenciones de Agamenón. Ahora nos pone a prueba y luego castigará a los que hayan querido huir.

Cuando Ulises encontraba a un hombre del pueblo que, corriendo, se acercaba a los barcos, le daba un golpe con el cetro y le decía: —¡Desgraciado, detente y no corras hacia los barcos! No eres un guerrero valiente, sino un hombre débil e inepto para la guerra. Cumple, pues, al quedarte, la voluntad de Agamenón.

Así Ulises se imponía al ejército, y los guerreros se apresuraban a retroceder hacia donde se encontraba Agamenón.

Y el ruido que hicieron al volver atrás fue como el del oleaje del estruendoso mar cuando va a morir sobre la playa.

No obstante, por fin reinó el silencio entre ellos, al sentarse alrededor de Agamenón y sus líderes. Únicamente Tersites, el hombre más feo que llegó a Troya —pues era bizco y cojo de un pie, con los hombros encorvados y la cabeza puntiaguda y cubierta por una rara cabellera—, fue el que no quiso callarse y empezó a insultar a Agamenón.

—¿De qué te quejas o de qué careces? —gritó—. Tus tiendas están seguramente llenas del botín que todos hemos recogido al tomar alguna ciudad. ¿Necesitas acaso más oro? ¡Oh, cobardes! ¡Hombres sin dignidad, más bien mujeres que griegos! ¡Volvamos en los barcos a nuestra patria y dejemos aquí a Agamenón para que devore su botín, por el que nunca ha combatido! Recordad que ha ofendido a Aquiles, hombre muy superior a él, arrebatándole la recompensa que todavía retiene.

Entonces Ulises se acercó a Tersites y, mirándolo severamente, le dijo: —¡Cállate! Si vuelvo a encontrarte otra vez charlando estúpidamente como lo has hecho, te arrancaré el manto y la túnica que cubren tu cuerpo deforme y te daré tales azotes que irás llorando hacia los veloces barcos.

Así dijo Ulises y con el cetro dio un golpe en los hombros de Tersites. Gruesas lágrimas cayeron de los ojos de éste y un doloroso cardenal apareció en su espalda donde golpeara el dorado cetro. Se sentó turbado y dolorido y se secó las lágrimas. Sus vecinos, aunque estaban afligidos, se rieron al ver su cara y uno dijo:

—Muchas cosas buenas hizo Ulises, pero nunca llevó a cabo un acto tan meritorio como haber hecho callar a este insolente charlatán que, en adelante, ya no se atreverá a dirigir palabras injuriosas a los reyes.

Entonces se levantó Ulises, con el cetro en la mano. Minerva, que a su lado estaba transformada en heraldo, impuso silencio para que todos oyeran las palabras de Ulises, que los arengó diciendo:

—¡Oh, gran Agamenón! Los griegos quieren cubrirte de deshonra ante todos los hombres, pues no cumplen lo que te prometieron al venir: que no te irías sin destruir la fuerte ciudad de Troya. Cual si fueran niños o viudas, se lamentan de su suerte y desean volver a su país. Nueve años hace que estamos ante la ciudad y, por lo tanto, no es de extrañar que todos tengan deseo de regresar. No obstante, sería vergonzoso haber estado aquí tanto tiempo y volvernos sin conseguir nuestro objetivo. Tened paciencia, amigos, y esperad un poco más, porque, seguramente, Troya será al fin tomada. ¿No recordáis el gran presagio que vimos el día en que emprendimos la navegación hacia Troya? Mientras ante los

altares sacrificábamos animales a los inmortales dioses, junto a una fuente y a la sombra de un hermoso plátano, un horrible dragón de lomo rojo saltó de debajo del altar al árbol.

En una de las ramas de éste había un nido de gorriones, ocupado por ocho polluelos sobre los cuales la madre extendía las alas. Lastimosamente piaban los pajarillos cuando el dragón se los tragaba, y asimismo la madre dio tristes gritos cuando el monstruo la devoró. Después que el dragón se hubo comido el ave y los polluelos, el dios que lo hiciera aparecer obró en él un prodigio, porque, inmediatamente, lo transformó en piedra, mientras todos, atónitos, admirábamos lo que ocurría. Y enseguida, Calcas, el adivino, exclamó: "¡Júpiter es quien nos muestra este prodigio! Como el dragón devoró a los polluelos y a su madre, que juntos eran nueve, así nosotros combatiremos en Troya igual número de años y al décimo tomaremos la fuerte ciudad." Esto fue lo que dijo y todo se va cumpliendo. ¡Ea, pues, quedémonos todos hasta tomar la gran ciudad de Troya!

Así habló Ulises, y los griegos aplaudieron su discurso.

Entonces dijo Agamenón:

—Id a comer ahora para que luego entablemos combate; que cada uno afile la lanza, prepare el escudo, dé pienso a los caballos y disponga los carros. Y aquel que se quede voluntariamente junto a los cóncavos barcos, lejos de la batalla, ¡que se cuente entre los muertos, porque su cuerpo será pasto de los perros y aves de rapiña!

Cuando Agamenón cesó de hablar, los gritos de los griegos parecieron el estruendo de las olas al chocar furiosas contra una fuerte roca que se adentra en el mar.

Luego se dispersaron, encendieron fuego y prepararon la comida, ofreciendo también sacrificios a los dioses para que los librarán de morir en la próxima batalla.

Agamenón sacrificó un buey de cinco años al poderoso Júpiter, al que oró diciendo:

—¡Júpiter glorioso! ¡Dios de las tempestades! ¡A ti te ruego! ¡Que no se ponga el sol, ni llegue la noche, antes de que yo destruya el palacio de Príamo, entregándolo a las llamas; incendie las puertas; rompa con mi lanza la coraza de Héctor en su mismo pecho y vea a sus compañeros caídos de bruces en el polvo y mordiendo la tierra!

Así rogó, pero Júpiter no accedió a su demanda.

Luego Agamenón mandó a los heraldos que pregonaran la orden de reunirse los griegos cerca de los barcos. Éstos obedecieron prontamente y entre ellos iba Minerva, la diosa de los brillantes ojos, instigando a todos y fortaleciendo los corazones para que pelearan y combatieran sin descanso. Pronto tuvieron mayor placer en guerrear que en volver a la patria en los cóncavos barcos.

Como desde lejos se divisa el resplandor de un incendio cuando el voraz fuego se propaga por vasta selva en la cumbre de una montaña, así el brillo de las armaduras de bronce de los soldados que marchaban llegaba al cielo a través del aire. Y del mismo modo que los gansos silvestres, grullas o cisnes de largo cuello se posan en numerosas bandadas en una pradera, así las numerosas tropas afluían de los barcos y tiendas a la llanura, y la tierra retumbaba horriblemente bajo los pies de los guerreros y de los caballos. Entonces los griegos se precipitaron a la batalla, innumerables como las hojas y las flores que crecían en el prado junto al río Escamandro.

CAPÍTULO III

COMBATE ENTRE PARIS Y MENELAO

Puestos en orden de batalla con sus respectivos jefes, los troyanos avanzaron al encuentro de los griegos, gritando como las grullas en el cielo cuando, huyendo del frío y de las lluvias torrenciales, vuelan graznando sobre las agitadas olas del Océano.

Pero los griegos marchaban en silencio, apoyándose unos a otros y llenos de valor. Así como la niebla desciende de la cima de las montañas a la llanura, hasta que un hombre no puede ver más allá de lo que alcanza un tiro de piedra, del mismo modo una densa nube de polvo se levantaba bajo los pies de los guerreros que marchaban atravesando ligeramente la llanura.

Por fin, los dos ejércitos se acercaron. Entonces apareció en la primera fila de los troyanos Paris, parecido a un dios, el que robó a Helena a Menelao. De los hombros de Paris colgaba una piel de leopardo, el arco curvado y la espada. Entonces, blandiendo dos lanzas con punta de bronce, desafió a los más valientes jefes del ejército griego a que sostuvieran con él un combate mortal.

Como el león se alegra al divisar un robusto ciervo que va a ser su presa, así se alegró Menelao al ver venir a Paris con paso arrogante al frente de la tropa. Imaginándose que podría castigar a su enemigo, al momento saltó del carro al suelo, sin dejar sus armas.

Pero Paris, parecido a un dios, apenas distinguió a Menelao salir de entre las filas enemigas, sintió temor. Para librarse de la muerte, retrocedió al grupo de sus amigos, como el que descubre un dragón en la espesura de un monte.

Al advertirlo, Héctor, su hermano, lo reprendió con palabras hirientes: —¡Miserable Paris! ¡Tienes hermosa figura y eres seductor, pero ojalá no hubieras nacido, pues así no serías la vergüenza de los tuyos! Los griegos se ríen de ti, pues por tu hermoso aspecto te creyeron un campeón; pero ya se dan cuenta de que en tu pecho no hay fuerza ni valor. ¿Y siendo cobarde como eres, te atreviste a surcar el mar en ligeros barcos y robar en tierra lejana a una hermosa mujer que tan funesta ha sido para tu padre, para la ciudad y para ti mismo? ¿No esperas a pie firme a Menelao? Tu cítara, tus dorados rizos, tu hermosa cara y los dones que debes a Venus, de nada te valdrían cuando rodaras vencido sobre el

polvo. Los troyanos son cobardes, pues, de lo contrario, ya te habrían apedreado por los males que les has causado.

—Con razón me criticas, valiente Héctor —contestó Paris—, pero tu corazón es inflexible y tu ánimo intrépido. No me reproches los dones de la adorada Venus, pues no deben despreciarse los valiosos presentes de los dioses y nadie puede escogerlos a su gusto. Pero si quieres que luche y combata, detén a los troyanos, haz que contengan a los griegos y entonces combatiré con Menelao por Helena y sus riquezas. El vencedor se llevará a su casa a la mujer y los tesoros. Y después de jurar paz y amistad, seguid vosotros en la fértil Troya y que los griegos vuelvan a la Argólida, su patria.

Héctor oyó con intenso placer las palabras de su hermano. Corriendo al centro del espacio que separaba ambos ejércitos, con la lanza en la mano, ordenó a las falanges troyanas que permanecieran quietas. Pero entonces los griegos le dispararon flechas, dardos y piedras. Al observarlo, Agamenón gritó a sus hombres con fuerte voz: —¡Deteneos, griegos! ¡Héctor, el del casco tembloroso, quiere decirnos algo!

Héctor entonces, colocándose entre unos y otros, repitió las palabras de Paris, su hermano.

Menelao contestó así al oírlas:

—Tengo el corazón traspasado de dolor, pues todos vosotros habéis padecido muchos males por la mala acción de Paris. Creo, pues, que debe terminar esta guerra y, por lo tanto, dejadnos combatir a los dos y que perezca aquel de nosotros para quien esté reservada la muerte. Sacrifiquemos un cordero a Júpiter y llamad a Príamo, Rey de Troya, para que apruebe los juramentos, pues temo que sus hijos los quebranten.

Griegos y troyanos sintieron gran alegría al entrever la esperanza de que terminara la desastrosa guerra. Detuvieron los caballos en las filas, bajaron de los carros y, dejando las armas en el suelo, se pusieron unos al lado de otros. Un corto espacio separaba a ambos ejércitos.

Héctor despachó a dos heraldos a la ciudad para que llamaran a Príamo y trajeran además los corderos destinados al sacrificio. El Rey Agamenón, por su parte, hizo ir en busca de un cordero a los cóncavos barcos.

Entretanto, Juno mandó a Troya a su mensajera Iris, la cual tomó la figura de la más hermosa hija de Príamo. Entró en la sala del palacio donde se encontraba Helena, la más bella de las mujeres, entretenida en tejer una

gran tela doble de color púrpura, que representaba muchas escenas y batallas en las que participaban griegos y troyanos.

—Ven, querida mía —dijo Iris—, a presenciar hazañas admirables. Los que antes combatieron furiosamente permanecen silenciosos, recostados en los escudos y con las lanzas clavadas en el suelo. La batalla se ha suspendido y ahora Paris y Menelao van a combatir por ti con agudas lanzas, y el que venza te llamará su amada esposa. Así habló la hermosa Iris, infundiendo en el dormido corazón de Helena un dulce recuerdo de su anterior marido Menelao, de Hermione su hija, de su patria y de sus padres.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y, cubriendo su rostro con un velo blanco, salió al momento de la habitación, acompañada por dos doncellas, hacia el lugar donde se encontraban ambos ejércitos. En las puertas Esceas estaban sentados Príamo y otros ancianos guerreros que, a causa de su vejez, no combatían. Cuando vieron a Helena que hacia ellos llegaba, se dijeron unos a otros admirando su hermosura: —No es de extrañar que griegos y troyanos sufran grandes males y pierdan muchas vidas por una mujer tan hermosa como ésta. Pero aun así, mejor sería que se embarcara en los barcos griegos antes de que llegue a ser una plaga para nosotros y para nuestros hijos.

Príamo llamó entonces a Helena y le dijo:

—Ven acá, querida hija; siéntate a mi lado para que veas a tu anterior esposo, a tus parientes y a tus amigos. No te culpo por todos nuestros trabajos, pues no eres responsable de que los dioses te hayan elegido para ser la causa de tan sangrienta guerra.

Y luego, Príamo le preguntó los nombres de los valientes héroes que, apoyados en sus lanzas, estaban entre las filas de los griegos. Helena, en contestación, le dijo:

—Siento por ti, querido suegro, respeto y temor. ¡Ojalá hubiera muerto antes de abandonar mi patria, a mi hija y a todo lo que amaba, para venir aquí con tu hijo!

Y señalando a Agamenón, añadió:

—Ese es el poderoso Agamenón, buen Rey y esforzado combatiente. Su hermano es el que fue mi marido. ¡Ah, desvergonzada de mí, que lo abandoné!

Príamo le preguntó también por Ulises y por otros muchos guerreros de gran estatura y valerosa apariencia. Y Helena le dio todos los detalles que

pudo, mientras lágrimas de nostalgia resbalaban por sus mejillas. —No veo a mis hermanos carnales, los dos caudillos: Cástor, hábil domador de caballos, y Pólux, excelente púgil; tal vez no han atravesado el mar para venir a Troya.

No sabía Helena que sus dos hermanos habían muerto en su misma patria. Entonces ambos ejércitos ofrecieron el sacrificio de los carneros a Júpiter, y Agamenón y Príamo juraron la tregua mientras combatieran Paris y Menelao.

Una vez hecho el sacrificio y terminadas las ceremonias que lo siguieron, Paris se apresuró a subir a su carro, cogió las riendas y entró en la ciudad. —Con gusto regreso a la ventosa Troya —dijo—, pues no podría ver a mi hijo combatiendo con Menelao. Júpiter y los dioses inmortales saben para cuál de ellos tiene el destino reservada la muerte.

Entonces Héctor y Ulises señalaron el espacio donde debía tener lugar el combate. En su casco de bronce, Héctor echó dos suertes y las agitó para ver cuál de las dos saltaría antes. Salió la de Paris y, por lo tanto, a él le correspondió arrojar primero su lanza de bronce.

Paris vistió una magnífica armadura; se puso en las piernas elegantes grebas (1) ajustadas con broches de plata. Se colgó del hombro una espada de bronce adornada con clavos de plata, tomó un grande y fuerte escudo, y se cubrió la cabeza con un hermoso casco cuyo penacho de crines de caballo ondeaba en la cimera. Asió una fuerte lanza. De igual manera se armó Menelao.

Al encontrarse uno frente al otro, se miraron de un modo terrible y, mostrándose el odio que mutuamente se tenían, blandieron las lanzas. Paris fue el primero en arrojarla y dio contra el escudo de Menelao, que a pesar de ello no se rompió.

Antes de arrojar su lanza, Menelao alzó los ojos al cielo y así oró al rey de los dioses:

—¡Oh, gran Júpiter! ¡Permíteme castigar a Paris y hazle sucumbir a mis manos para que los hombres venideros teman ultrajar a quien los haya hospedado y honrado con su amistad!

Entonces arrojó su larga lanza, que atravesó el escudo de su enemigo, se clavó en la coraza y le rasgó la túnica sobre el muslo. Pero Paris se inclinó y así escapó de la muerte.

Entonces Menelao desenvainó su espada de bronce adornada con clavos de plata y con ella descargó un gran golpe sobre el casco de su

contrario. Pero la espada se rompió en cuatro pedazos y se le cayó de la mano.

—¡Júpiter! Sin duda eres el más cruel de todos los dioses. He arrojado mi lanza en vano y he roto mi espada sin conseguir vengarme. Dichas estas palabras, se precipitó contra Paris y, cogiéndolo por el casco adornado con crines, lo arrastró hacia las tropas griegas. La correa bordada que, por debajo de la barba, sujetaba el casco de Paris, casi lo ahogaba y sin duda hubiese muerto allí vergonzosamente, si Venus no hubiera roto la correa del casco, el cual quedó vacío en la mano de Menelao.

Éste lo arrojó a los griegos y, retrocediendo, tomó otra lanza para matar a su enemigo.

Pero Venus arrebató a Paris y lo llevó a su propia casa envuelto en densa niebla. Menelao, furioso en extremo, se revolvía entre la multitud buscando a Paris, pero ningún troyano lo había ocultado ni pudo mostrárselo, pues a todos se había hecho tan odioso como la misma muerte.

Entonces Agamenón dijo:

—¡Oídme, troyanos! Es indudable que Menelao ha obtenido la victoria. Devolvednos a Helena y sus tesoros y pagadme una indemnización justa por todos mis trabajos pasados.

Así habló y todos los griegos aplaudieron.

CAPÍTULO IV

DE CÓMO MENELAO FUE HERIDO Y PORTENTOSAS HAZAÑAS DE DIOMEDES

Mientras Menelao iba en busca de su contrario, Juno y Minerva habían estado en el Olimpo imaginando cómo perjudicar al raptor de Helena y a todos los troyanos. No deseaban que la guerra terminara y, además, tenían un gran empeño en castigar a Paris, a quien odiaban.

Entonces Minerva, como una estrella brillante que atraviesa el inmenso espacio dejando una estela de luz resplandeciente, se precipitó a la tierra desde el vasto Olimpo.

La diosa cayó en medio del campo troyano, transformada en guerrero, y empezó a buscar a Pándaro, un valiente y hábil arquero.

—¿Te atreverías, valiente Pándaro —dijo Minerva—, a disparar una veloz flecha contra Menelao? Si le dieras muerte, alcanzarías gloria entre los troyanos y Paris te recompensaría espléndidamente.

El insensato se dejó persuadir y tomó enseguida el pulido arco hecho con las astas de un macho cabrío que él mismo había matado en las montañas. Los cuernos tenían dieciséis palmos de largo y fueron ajustados y pulidos por un hábil artesano, adornados con anillos de oro. Pándaro buscó una flecha nueva en su carcaj y, tensando el arco hasta que formó un semicírculo, soltó la cuerda. La aguda flecha saltó en la dirección que le habían obligado a seguir.

Habría ido a herir el corazón de Menelao si Minerva, al verla, no la hubiera desviado. Entonces la saeta fue a clavarse en el lugar donde los anillos de oro sujetaban el cinturón y la coraza era doble. No obstante, desgarró la piel del héroe y la negra sangre brotó al momento de la herida.

Agamenón, al verlo, se estremeció. Pero Menelao, observando que fuera quedaban el nervio y las plumas de la flecha, dijo:

—¡Ten ánimo, pues la herida no es profunda! Gracias a que mi brillante cinturón y la coraza han detenido la mortal flecha.

Entonces mandaron en busca de un hábil médico para que reconociera la herida. Éste lo hizo y, arrancando la flecha, chupó la sangre y aplicó sobre ella drogas calmantes.

Mientras se ocupaban en curar a Menelao, Agamenón recorrió las tropas griegas y dijo a sus hombres:

—¡A las armas! Los troyanos han quebrantado el juramento de paz que antes hicieron y debemos castigarlos. Los dioses no protegen a los traidores y por esta razón caerán muertos ante nosotros, y sus cuerpos serán pasto de los buitres.

Así fue diciendo a todos los hombres, recomendándoles que se prepararan para la batalla. Pero a los que veía perezosos para emprender el combate mortal, les dirigía palabras coléricas, tanto si eran grandes jefes como simples soldados.

Por fin llegó ante Diomedes.

—¿Por qué tiembles, Diomedes? —le dijo—. ¿Por qué miras asustado el espacio que nos separa de los enemigos? No temblaba así tu padre, pues en las batallas era siempre el primero. Pero su hijo es inferior a él en el combate, aunque tenga mayor habilidad para hablar. Diomedes escuchó respetuosamente al venerable Agamenón y guardó silencio. Pero un camarada suyo, para protestar por la injusticia de sus palabras, exclamó irritado:

—No mientas, Agamenón, pues somos más valientes que nuestros padres. Recuerda que hemos tomado la gran ciudad de Tebas con menos hombres de los que ellos emplearon inútilmente en tal empresa. Entonces el valiente Diomedes lo miró enfadado y le dijo: —¡Cállate, amigo! Porque Agamenón debe animar a sus guerreros antes de la batalla. Suya será la gloria si los griegos se apoderan de la ciudad de Troya, y suyo también el dolor si son vencidos. Pensemos, pues, tan sólo en demostrar nuestro valor.

Entonces saltó de su carro al suelo y, al moverse, su armadura resonó sonoramente.

Como las grandes olas impulsadas por el viento se suceden en la playa, así las tropas griegas marcharon sucesivamente y sin interrupción al combate. Caballo tras caballo y hombre tras hombre, avanzaron con gran empuje y decisión, mientras en el campo de los troyanos se elevaban gritos confusos como de ovejas balando al oír la voz de los corderos.

Entre los hombres de Troya estaba Marte, dios de la guerra, y en las filas de los griegos combatía Minerva acompañada del Terror, la Fuga y la Discordia.

Entonces se juntaron los dos ejércitos y empezaron a combatir como lobos furiosos. Los hombres se daban muerte mutuamente y la tierra se teñía de sangre. El ruido de la pelea era semejante al de los torrentes nacidos en grandes manantiales, que se despeñan por los montes para reunir sus espumosas aguas en un profundo barranco abierto en el valle.

Como árboles derribados por el hacha de un leñador, que caen ruidosamente al suelo, así fueron derribados muchos héroes. El primero en morir fue un troyano e inmediatamente lo siguió un griego. Aquel día los enemigos yacieron juntos unos con otros en la polvorienta tierra. Entonces Minerva infundió a Diomedes valor y audacia, e hizo surgir de su casco y de su escudo una brillante llama parecida al astro que en otoño centellea.

Entre los troyanos estaban dos hermanos ricos y nobles, y también hábiles guerreros. Los dos iban en un mismo carro y, separándose de los suyos, atacaron a Diomedes, que a pie los esperaba. Cuando se encontraron frente a frente, uno de los dos hermanos arrojó una flecha a Diomedes, sin herirlo. Éste hizo lo propio y tuvo la suerte de que su arma se clavara en el pecho de su enemigo, el cual, desde el carro, cayó al suelo muerto, mientras su hermano huía para no perder la vida. Abandonó su hermoso carro y Diomedes se apoderó de los caballos y los entregó a sus guerreros para que los llevaran a los cóncavos barcos.

Minerva, al ver lo que sucedía, tomó por la mano al dios Marte, lo hizo sentar en la hierba a orillas del río Escamandro, y le dijo:

—Dejemos combatir libremente a griegos y troyanos, y que Júpiter dé la victoria a quien le parezca mejor.

Los dos ejércitos se batían heroicamente y con gran valor mataban y morían. Pero ninguno luchaba como Diomedes. Como un torrente invernal que en su rápido curso derriba puentes e inunda extensos campos sin que puedan contenerlo diques ni obstáculos, así corría Diomedes entre las filas de los troyanos sin que nadie se atreviera a oponerle resistencia.

Pero en cuanto Pándaro, el arquero, lo vio venir en triunfo, tensó su arco y lanzó una flecha a su encuentro. La cruel saeta atravesó el hombro y la loriga de Diomedes se manchó de sangre.

Pándaro, al notarlo, gritó con voz fuerte:

—¡Atacad, bravos troyanos, pues está herido el más fuerte de los griegos y muy pronto lo matará la saeta que se clavó en su cuerpo!

Estas jactanciosas palabras dijo Pándaro, pero Diomedes, saltando al suelo desde su carro, dijo al auriga:

—Apresúrate a arrancar de mi hombro esta amarga flecha. El auriga hizo lo que se le mandaba y de la herida salió la sangre a borbotones.

Entonces Diomedes gritó:

—¡Óyeme, Minerva! ¡Si alguna vez amparaste a mi padre en la batalla, protégeme ahora también a mí y haz que el hombre que me ha herido se ponga a tiro de lanza y reciba la muerte de mi mano!

—¡Ten valor, Diomedes! —dijo la diosa al oírlo—. Tu ruego será cumplido. Si en la batalla te encuentras con algunos de los dioses, no quieras combatir con ellos; mas si se presenta Venus, hiérela con tu agudo bronce.

Entonces Diomedes volvió a la batalla. Si antes tenía deseos de pelear contra los troyanos, ahora su brío era tres veces mayor, como un león al combatir contra el que lo ha herido.

Diez valientes guerreros cayeron ante el héroe, el cual, apoderándose de los caballos de sus carros, los entregó a sus hombres para que los llevaran a los barcos.

Entonces Eneas, capitán del ejército de Troya, e hijo de un guerrero mortal y de la diosa Venus, observó que Diomedes destruía las filas de los troyanos y fue en busca de Pándaro, por entre el estruendo de la lucha. Hallándolo por fin, le dijo:

—¿No puedes matar a ese hombre que está destrozando nuestras tropas?

—Me parece que es Diomedes —contestó Pándaro—. Ya he disparado una flecha que le hirió un hombro, pero no conseguí matarlo; sin duda es un dios irritado. No tengo aquí caballos ni ningún carro, aunque en mi tierra dejé once carros hermosos con sus respectivos pares de caballos, por el temor de que no hallaran pastos en Troya. No tengo, pues, más que el arco para atacar y para defenderme, y éste es de poca ayuda, porque habiéndolo disparado contra Menelao y Diomedes no he podido darles muerte.

—No hables así —le contestó Eneas—. Antes bien, monta en mi carro, toma el látigo y las riendas y yo me pondré a tu lado para combatir contra Diomedes.

—De ningún modo —dijo Pándaro—. Coge tú las riendas y guía los

caballos, pues estos te conocen, y si oyeran la voz desconocida del que los guiara podrían espantarse y desbocarse. Guía, pues, el carro y los caballos, y yo combatiré contra Diomedes.

Subieron entonces al labrado carro y briosamente galoparon los caballos hacia Diomedes. El auriga de éste los vio venir y dijo:

—¡Prepárate, Diomedes, pues veo venir a dos poderosos guerreros que desean combatir contigo! Subamos al carro y retirémonos, porque podrías perder la dulce vida.

—No me hables así —contestó furioso Diomedes—. No sería propio de mí huir o acobardarme. En cuanto a estos enemigos, no se me escaparán, y si Minerva permite que les dé muerte a los dos, sujeta las riendas de tus caballos al carro, salta sobre los de Eneas y llévalos a los griegos; porque bajo el sol no hay mejores caballos que los suyos.

Cuando Pándaro y Eneas estuvieron más cerca, el primero blandió su broncea lanza y la arrojó contra Diomedes. La punta del arma atravesó su rodela y llegó muy cerca de la loriga.

—¡Herido estás en el ijar! —gritó Pándaro—, ¡y no creo que resistas mucho tiempo!

Pero Diomedes, con gran serenidad, le contestó:

—No has acertado.

Y dichas estas palabras, arrojó su lanza, que atravesó los dientes, la nariz y la lengua de Pándaro, el cual cayó del carro produciendo gran ruido al chocar sus armas contra el suelo. Y los caballos de ligeros pies se espantaron al ver caer al guerrero.

Entonces Eneas saltó de su carro al suelo y, temiendo que los griegos quisieran quitarle el cadáver de su amigo, se dispuso a defenderlo con la furia de un león.

Diomedes cogió una gran piedra y la arrojó a Eneas, hiriéndolo en el muslo, pues le rompió el hueso y destrozó la carne. El héroe cayó de rodillas y allí habría perecido si Venus, al advertir el peligro que corría su hijo, no lo hubiese rodeado con sus brazos y cubierto con un pliegue de su blanco manto. Pero Diomedes, saltando de su carro, la persiguió y con su lanza la hirió cruelmente en la muñeca. Venus, dando un gran grito, estuvo a punto de dejar caer a su hijo, pero Apolo, que estaba cerca, se la llevó envuelta en una nube.

—¡Retírate del combate, Venus! —dijo Diomedes—. ¿No te basta engañar a las débiles mujeres?

Entonces se arrojó nuevamente sobre Eneas sin advertir que lo defendía Apolo. Por tres veces quiso darle muerte y otras tantas el dios lo hizo retroceder.

—¿Te atreves a pelear contra los dioses? —exclamó Apolo—. ¡Ten cuidado, Diomedes!

El guerrero, al oír estas palabras, retrocedió.

Entonces los dioses empezaron a pelear contra griegos y troyanos, pues Marte, Minerva y Juno combatían entre las tropas de los guerreros. —¿No os avergonzáis, griegos —gritó Minerva—, de ser débiles en el combate? Cuando el noble Aquiles peleaba con vosotros, los troyanos apenas osaban cruzar las puertas de sus murallas, pero ahora ya llevan su atrevimiento hasta acercarse a los barcos varados en la playa. Con estas palabras excitó la furia de los griegos, que prosiguieron el combate con nuevos ánimos.

Entonces la diosa acudió a donde estaba Diomedes y lo halló junto a su carro y sus caballos, curándose la herida que Pándaro le había infligido con su flecha.

—¡Cuán indigno hijo eres de tu padre, Diomedes! —dijo—, pues éste, aunque combatía solo, conservaba siempre su espíritu valeroso. Mas tú, a pesar de que yo te asisto, te dejas dominar por la fatiga o el miedo. —No tengo miedo ni cansancio —contestó Diomedes—, pero recuerdo que me ordenaste no combatir contra los dioses, exceptuando a Venus, y ahora veo que Marte conduce a los troyanos. Por esta razón he retrocedido y mandado a mis hombres la retirada.

Minerva, la de los brillantes ojos, contestó:

—Diomedes, carísimo a mi corazón, no temas a Marte ni a ninguno de los dioses inmortales porque yo te ayudo. ¡Ea, pues, guía tu carro hacia Marte y no lo respetes, porque hoy mismo me prometió combatir contra los troyanos y ahora los ayuda olvidando su promesa!

Dichas estas palabras, mandó al auriga de Diomedes que le cediera su sitio, y la enardecida diosa cogió las riendas y guio los fieros caballos hacia donde estaba Marte.

Éste, viendo que se acercaba el carro del héroe sembrando de cadáveres su camino, fue presuroso a su encuentro. Al hallarse a corta



distancia, el dios, que deseaba matar a Diomedes, le arrojó una lanza de bronce; pero Minerva la cogió al vuelo y la desvió. Entonces Diomedes lanzó a Marte su arma y Minerva la dirigió de modo que fuese a herir al dios de la guerra. El férreo Marte clamó cual gritaran nueve o diez mil hombres que estuvieran combatiendo y, como tempestuosa nube, ascendió por el cielo en dirección al Olimpo.

CAPÍTULO V

COLOQUIO DE HÉCTOR Y ANDRÓMACA

Héctor se retiró del campo donde tenía lugar la furiosa batalla para ir a la ciudad. Al pasar por la encina que crecía en la puerta de Troya, acudieron corriendo las esposas e hijos de los troyanos a preguntarle por sus hijos, hermanos, esposos y amigos. Él, por toda respuesta, les encargó que orasen a los dioses, porque para muchos estaba reservada la desgracia.

Cuando llegó al hermoso palacio de su padre, le salió al encuentro su madre y, asiéndolo de la mano, le dijo:

—¿Estás acaso cansado, pues has dejado la batalla, querido hijo? Aguarda, que te traeré vino para que puedas descansar y adquirir nuevas fuerzas.

—No me des vino, querida madre —dijo Héctor—, porque tal vez me haría perder el valor y la fuerza. Prefiero que vayas al templo de Minerva y le ofrezcas sacrificios, rogándole que se apiade de la ciudad de Troya y de las esposas e hijos de los troyanos. ¡Ojalá que aleje de Troya a Diomedes, el feroz guerrero! Y en cuanto a París, ¡así la tierra se lo tragara, porque es una plaga para nosotros!

Siguiendo el consejo de su hijo, Hécuba —así se llamaba la madre de Héctor— fue, en compañía de otras matronas, madres de héroes, a ofrecer sacrificios y a orar al templo de Minerva. Pero la diosa de brillantes ojos no accedió a sus plegarias.

Entre tanto, Héctor, empuñando su fuerte lanza de bronce, fue hacia el palacio de París. En su cámara lo halló acompañado de Helena, ocupado en acicalar sus magníficas armas, escudo y loriga, y probando el curvado arco.

Entonces Héctor lo increpó con palabras injuriosas:

—Nuestros hombres perecen en la batalla por tu causa —dijo—, mientras tú permaneces aquí en cobarde ociosidad. ¡Levántate, no sea que la ciudad llegue a ser pasto de las voraces llamas!

—Justos son tus reproches, Héctor —contestó París—. Precisamente ahora mi esposa me instaba a volver al combate. Espera, pues, que me vista las armas y pronto te alcanzaré.

Héctor no le contestó y entonces Helena le habló:

—Cuñado mío —dijo—, aun cuando sea indigna de tal parentesco. ¡Ojalá que hubiera muerto el día en que nací o que los dioses me hubiesen hecho esposa de un hombre más fuerte a quien dolieran los reproches de los hombres! Quédate aquí y reposa, porque ya has sufrido mucho por Paris y por esta desgraciada. Sin duda alguna Júpiter nos dio tan mala suerte para que sirvamos de asunto a los cantos de los hombres venideros.

—No me pidas que me siente, amable Helena —contestó Héctor—, porque los troyanos me esperan impacientes y me necesitan. Mejor será que animes a Paris para que me siga. Yo, ahora, voy a ver a mi querida esposa, a mi niño y a los criados, porque ignoro si podré volverlos a ver.

Héctor se marchó entonces y, en cuanto hubo llegado a su palacio, no halló en él a su esposa Andrómaca, ni tampoco a su querido hijito. —¿A dónde fue vuestra ama? —preguntó, con ansiedad, a las esclavas. —La verdad es, señor —contestó una—, que llegaron a nosotras noticias de que los griegos habían alcanzado la victoria. Al saberlo Andrómaca, ansiosa y como loca, fue hacia las murallas para observar lo que ocurría. Allí en la torre la hallarás ahora llorando y lamentándose.

Héctor retrocedió por las calles de Troya y, al llegar cerca de las puertas, su esposa Andrómaca corrió a su encuentro.

Mientras los esposos estaban cogidos de la mano, Héctor se volvió y silenciosamente sonrió, al ver a su amado hijo en los brazos de la nodriza. Los troyanos llamaban al niño Astianacte, que significa «Rey de la ciudad», porque Troya resistía el asedio solamente gracias a los esfuerzos de Héctor.

—¡Desgraciado! Tu valor te causará la muerte —dijo Andrómaca a Héctor—. No tienes piedad de tu tierno hijo ni de mí, que pronto seré viuda. Mejor sería que, al perderte, la tierra me tragara, porque si mueres no habrá consuelo para mi dolor, pues no tengo padre ni madre. A mi padre lo mató el divino Aquiles al tomar la fuerte ciudad de Tebas, y a mis siete hermanos también les dio muerte el hijo de Tetis. Héctor, tú eres ahora mi padre, mi venerada madre, mi hermano y mi esposo. Sé, pues, compasivo, y quédate en la torre. ¡No hagas al niño huérfano y a una mujer viuda!

—Sé muy bien lo que me dices, mujer —le contestó Héctor—, pero me avergonzaría ante los troyanos si, como un cobarde, huyera de la batalla. Por otra parte, siempre supe ser valiente y pelear en primera fila para

mantener la inmensa gloria de mi padre y la mía propia. Pero esta gloria se desvanecerá pronto, pues presiento el día en que Troya caerá en poder de los enemigos. No obstante, toda la desgracia de los troyanos, la de mis padres y la de mis valientes hermanos no me importan tanto como la tuya, cuando algún griego te lleve llorosa, privada de libertad, y vayas a tejer en Argos a las órdenes de otra mujer o a buscar agua, empleada en los humildes menesteres de las esclavas. Y tal vez, al verte llorosa, alguien exclamará: «Esta fue la esposa de Héctor, el guerrero más valiente de cuantos combatían por Troya». Y tú sentirás un nuevo pesar al verte sin tu esposo que pudiera librarte de la esclavitud. ¡Ojalá la tierra cubra mi cuerpo antes de que oiga tu llanto o presencie tu rapto!

Hablando así el valiente Héctor, tendió los brazos a su hijo. Éste, gritando, se recostó en los brazos de la nodriza a impulsos del terror que el penacho de crines del casco de su padre le causaba. Entonces sus padres se echaron a reír y Héctor, dejando en el suelo el refulgente casco, meció y besó a su amado hijo, suplicando al mismo tiempo a Júpiter:

—¡Oh Júpiter! Concédeme que mi hijo sea un valiente guerrero y un poderoso Rey de Troya; que los hombres, al verlo volver de la batalla, digan: «¡Es mucho más valiente que su padre!», y que sea al mismo tiempo la alegría de su madre.

Dicho esto, Héctor dejó al niño en los brazos de Andrómaca, que lo oprimió contra su seno, sonriendo con el rostro bañado todavía en lágrimas.

Lleno de amor, piedad y ternura, Héctor acarició dulcemente a su esposa y le dijo:

—Querida esposa, no te apesadumbres, porque ningún hombre podrá darme muerte antes de lo dispuesto por el destino. Vuelve a casa y distráete con el telar y la rueca, y vigila el trabajo de las esclavas. En cuanto a la guerra, tomaremos parte en ella todos los troyanos y yo el primero.

Héctor volvió a cubrir la cabeza con el casco adornado de crines de caballo, y la esposa regresó a su casa, volviendo repetidas veces la cabeza hacia su marido y derramando abundantes lágrimas.

Casi inmediatamente detrás de Héctor iba Paris, vestido con brillante armadura que centelleaba a la luz del sol. Andaba gozoso, llevado por sus ágiles pies, y a la sazón era más hermoso que cualquiera de los mortales. Como un noble corcel que ha roto el ronzal y echa a correr por

la llanura, irguiendo orgulloso la hermosa cabeza, así Paris recorría el espacio que lo separaba del campo de batalla.

Al alcanzar a su hermano, Paris le dijo:

—Mucho te hice esperar y tal vez estarás impaciente.

—Ningún hombre podrá burlarse de tu valor —contestó Héctor—, porque eres valiente. Pero a veces te abandonas y no quieres pelear; entonces sufro mucho al oír que los troyanos, que por ti tantos trabajos pasan, murmuran de tu conducta. Pero vamos al combate y roguemos a los dioses que los griegos caigan ante nosotros.

Héctor y Paris empezaron a combatir, y muchos héroes cayeron aquel día ante ellos.



CAPÍTULO VI

SINGULAR COMBATE DE HÉCTOR Y AYAX

Minerva, la diosa de los brillantes ojos, vio que los dos hermanos —Héctor y Paris— mataban a muchos griegos en el terrible combate. Dirigiéndose a su hermano Apolo, le rogó que imaginara un medio para derrotar a los troyanos.

Entonces, en el corazón de Héctor infundieron el deseo de suspender la batalla y desafiar a los más valientes de entre los griegos para que, con él, combatieran uno a uno, en una pelea mortal.

Héctor y Agamenón ordenaron cesar la batalla a sus respectivas tropas. El primero, dirigiéndose a los griegos, les dijo que eligieran entre ellos al campeón más valiente para combatir con él frente a frente. —Si consigue quitarme la vida —dijo Héctor—, que me despoje de mis armas para llevárselas a los cóncavos barcos y entregue mi cuerpo a los míos para que lo consuma el fuego de la pira. Y si yo lo mato, me quedará con sus armas, pero entregaré su cadáver a los griegos para que puedan erigirle un túmulo en su patria, a fin de que los futuros hombres, atravesando el mar en sus barcos, digan al verlo: «Esta es la tumba de un hombre valeroso que fue muerto en edad remota por el esclarecido Héctor».

Al oír sus palabras, los griegos guardaron silencio, pues por vergüenza no rehusaban el desafío y por miedo no se decidían a aceptarlo. Entonces se levantó Menelao, quien, lleno de desprecio hacia sus compañeros, les dijo:

—Sois débiles mujerzuelas. Yo me ofrezco a combatir con Héctor, y los dioses concederán la victoria a quien quieran de los dos. Y empezó a vestirse la armadura, pero Agamenón no quiso permitir que se batiera contra Héctor.

—¡No hagas tal locura, Menelao! —dijo—. No quieras luchar con Héctor, que causaba terror al mismo Aquiles, a pesar de ser éste más poderoso que tú.

Entonces se levantaron nueve campeones deseando combatir contra Héctor. Para elegir al que debía hacerlo, echaron suertes, y fue el designado por el destino Ajax, el gigantesco.

Inmediatamente se vistió la armadura y, al avanzar contra su enemigo, iba sonriente, pero tenía un aspecto terrible, como Marte cuando va a entrar en batalla.

Los troyanos temblaron al verlo, y aun el mismo corazón de Héctor latió apresuradamente, mientras el gigante, con su escudo grande como una torre, avanzaba hacia él con pasos poderosos.

—Aun cuando Aquiles, que tiene ánimo de león, permanece ahora quieto en su tienda, pronto conocerás, Héctor, que los griegos tienen en sus filas otros poderosos guerreros —gritó Ajax—. Empieza tú.

—¿Soy acaso una mujer o un niño débil que nada conoce de las cosas de la guerra? —preguntó Héctor—. Acostumbrado estoy a los combates y a las matanzas de hombres, pero a ti no quiero herirte a traición, sino cara a cara, si puedo.

Entonces Héctor blandió la enorme lanza y la arrojó; el arma fue a atravesar el bronce del escudo de Ajax. Éste, tomando impulso, arrojó la suya, la cual, atravesando el escudo de Héctor, se hundió en la coraza y rasgó la túnica del héroe que, inclinándose, evitó la muerte. Luego, se armó cada uno de nuevas lanzas y se acometieron como fieros leones. De nuevo Héctor dio en el escudo de Ajax con su lanza, pero la punta del arma no consiguió atravesarlo. Ajax clavó la suya en el escudo de Héctor y la punta hirió el cuello de éste, haciendo brotar la negra sangre. Mas no por eso cesó Héctor de combatir, pues inclinándose, cogió del suelo una piedra erizada de puntas y la arrojó contra el escudo de Ajax, que resonó sonoramente al recibir el golpe. Éste, a su vez, tomó una piedra mucho mayor y la arrojó con fuerza; fue a dar contra el escudo de Héctor, que se rompió, y chocando con sus rodillas lo derribó al suelo. Allí hubiera perecido si Apolo, con invisibles manos, no lo hubiese levantado. Entonces desenvainaron las espadas y con ellas se habrían atacado de no haber sido separados por los heraldos, que interpusieron sus cetros diciendo:

—No peleéis más, queridos hijos —dijo el heraldo de Troya—. Los dos sois valientes guerreros y amados de Júpiter, pero ya cae la noche y será bueno dejar el combate.

—Que lo diga Héctor, pues él desafió a los más valientes griegos. Si quiere dejar el combate, yo haré lo mismo.

—Los dioses te han dado corpulencia, valor y sabiduría —dijo Héctor—. Ciertamente destacas entre todos los guerreros griegos. Pero la noche

cae y será conveniente suspender la batalla para reanudarla otro día, hasta que los dioses decidan de quién debe ser la victoria. Ahora hagámonos magníficos regalos para que griegos y troyanos digan: «Héctor y Ajax combatieron furiosamente, pero se separaron unidos por la amistad».

Entonces Héctor tendió a Ajax su espada guarnecida con clavos de plata, encerrada en su vaina y sostenida por un hermoso ceñidor. Ajax, en cambio, le dio su tahalí teñido de púrpura.

Así se separaron los dos héroes, y griegos y troyanos se regocijaron al ver volver sanos y salvos a sus respectivos campeones.

CAPÍTULO VII

INCINERACIÓN DE LOS CADÁVERES. BATALLA DE LA LLANURA INTERRUMPIDA

Los griegos celebraron con grandes fiestas el regreso de Ajax. En cuanto hubieron terminado el banquete, Néstor, el más anciano y sabio de los guerreros, aconsejó que al apuntar el día siguiente se recogieran los cadáveres para incinerarlos en una gran pira.

Pero mientras los jefes griegos celebraban consejo tranquilamente, ante una de las puertas de la ciudad discutían los caudillos de los troyanos. —¿Cómo podremos obtener la victoria si hemos quebrantado nuestros juramentos? —dijo uno de ellos—. Restituyamos a los griegos a la hermosa Helena y todas sus riquezas, y así nos protegerán los dioses. Pero Paris, muy irritado, le contestó:

—Por fuerza debes de estar loco si piensas lo que has dicho. Con gran placer devolveré las riquezas de Helena y aun añadiré parte de las mías, pero jamás entregaré a mi esposa.

Al día siguiente, los heraldos troyanos fueron al campo de Agamenón a darle cuenta del mensaje que llevaban.

—Príamo de Troya y sus caudillos nos mandan decir que entregarán a los griegos no solamente las riquezas de Helena, sino parte de las suyas, pero que no se avienen a devolver a la hermosa esposa de Menelao. Nos han ordenado también rogaros que se suspenda el combate para quemar los cadáveres, y luego volveremos a pelear hasta que los dioses otorguen la victoria a uno de los ejércitos.

Entonces Diomedes exclamó:

—No aceptamos las riquezas que ofrece Paris, ni tampoco a Helena, porque es evidente que los días de Troya están contados.

Los griegos aprobaron las palabras de Diomedes, y Agamenón dijo a los heraldos:

—Ya habéis oído la contestación de los griegos. En cuanto a la tregua para quemar los cadáveres, la concedo gustoso.

El sol se había levantado ya en el horizonte, arrojando luz a las tinieblas de los campos de Troya, cuando griegos y troyanos se mezclaron unos

con otros y, derramando muchas lágrimas, retiraron los cadáveres de sus guerreros, que quemaron en grandísimas piras.

Luego los griegos construyeron una muralla con altas torres para amparar con ellas sus cóncavos barcos y a ellos mismos. Cavarón al pie del muro un gran foso profundo y ancho que defendieron con estacas. A la caída de la noche, los griegos inmolaron bueyes y se dispusieron a cenar en las tiendas, cuando llegaron de Lemnos muchas naves cargadas de vino. Algunos pagaron el dulce licor con bronce, otros con hierro, otros con pieles, vacas o con esclavos.

Toda la noche disfrutaron del banquete, y en Troya hacían lo mismo sus habitantes. Pero entretanto, en el Olimpo, Júpiter estaba meditando cómo podría causarles males, hasta que por fin tronó de un modo terrible que llenó de espanto a todos.

Al día siguiente, cuando la dorada Aurora se extendía sobre la tierra, Júpiter celebró un consejo con los demás dioses y, airado, amenazó a los que se atrevieran a socorrer a griegos y troyanos.

—Cumpliremos tu voluntad, gran padre Júpiter —contestó Minerva, la diosa de los brillantes ojos—. Pero te ruego que nos permitas aconsejar a los griegos para que no perezcan víctimas de tu cólera. —Así sea —contestó Júpiter sonriendo a su hija, pues Minerva era la preferida de su corazón.

Entonces Júpiter, vistiendo una dorada túnica, montó en su carro. Sus ligerísimos corceles de pies de bronce y áureas crines partieron gozosos al oír el chasquido del dorado látigo y, con la velocidad del rayo, atravesaron el espacio que mediaba entre la tierra y el estrellado cielo. Pronto llegaron al monte Ida, y Júpiter, descendiendo, rodeó el carro de espesa niebla y se puso a observar a griegos y troyanos que combatían a lo lejos en la llanura.

Aquel día, muy temprano, se atacaron los dos ejércitos y en breve el aire resonó con los lamentos de los moribundos y los gritos de los victoriosos; la tierra estaba empapada con la sangre de los muertos y heridos.

Al mediodía, el padre Júpiter tomó una balanza de oro y en cada uno de los platillos puso un peso de muerte, uno para los griegos y el otro para los troyanos. El platillo de los griegos bajó hasta llegar a tierra y, mientras descendía, Júpiter mandó un rayo entre los dos ejércitos, cosa que infundió miedo a los griegos, aun a los más poderosos.

Únicamente Néstor, el más anciano de los guerreros, conservaba su acostumbrado valor.

Paris, de un flechazo, le había muerto un caballo de su carro, pero Néstor, saltando a tierra, desenvainó la espada y empezó a cortar las correas que sujetaban al animal. Estaba ocupado en esta operación cuando Héctor acudió con su carro, y allí habría perecido Néstor si Diomedes no lo hubiera avisado.

Dando un fuerte grito llamó a Ulises, diciéndole:

—¿A dónde huyes cobardemente, Ulises? ¡Quédate aquí hasta que hayamos salvado a este anciano del feroz guerrero! Pero el divino Ulises pasó sin oírle, corriendo hacia las cóncavas naves de los griegos. Entonces Diomedes se puso al lado del anciano Néstor y le dijo:

—Te acosan guerreros más jóvenes que yo; tú eres débil, tu escudero tiene pocas fuerzas y tus caballos no son veloces. Monta deprisa en mi carro y verás cómo son los corceles que quité a Eneas; luego iremos contra Héctor para que conozca el poder de la lanza de Diomedes. El anciano Néstor obedeció la indicación y, tomando las riendas, hizo galopar a los caballos, los cuales furiosamente se dirigieron hacia donde se hallaba Héctor. Una vez a la distancia conveniente, Diomedes arrojó su lanza. Pero ésta pasó sin herir a Héctor y fue a dar en el pecho de su auriga, el cual cayó muerto al suelo.

A la sazón, sobre los troyanos habría caído la derrota si Júpiter no hubiese arrojado un ardiente rayo ante los caballos de Diomedes, los cuales, asustados, retrocedieron y se acurrucaron.

—¡Júpiter combate contra ti, Diomedes! —gritó Néstor—. ¡Huyamos, pues ningún hombre, por fuerte que sea, puede resistir la voluntad del padre de los dioses!

—Dices la verdad, anciano —exclamó Diomedes—, y haré lo que me aconsejas, aun cuando siento en el alma que Héctor pueda decir: «A las naves huyó Diomedes al ver que yo empuñaba mi lanza». ¡Ojalá que la tierra me trague si tal dice!

—Si Héctor te llamara cobarde, ningún troyano lo creería, ni tampoco las viudas de los hombres que has derribado.

Entonces hizo dar la vuelta a los caballos y emprendió la fuga seguido por las lanzas y dardos que les arrojaban los troyanos.

Y dominando el ruido de la batalla, Héctor gritaba:

—¡Mirad al héroe de los griegos! ¡Ya se ha vuelto una mujer! ¡Anda, tímida doncella!

Diomedes se puso furioso al oír tales palabras. Tres veces quiso volver a pelear, pero otras tantas Júpiter tronó desde el monte Ida para anunciar a los troyanos que la victoria sería suya aquel día.

En vista de ello, Héctor animó a sus hombres para que pelearan valerosamente. Con ellos combatía Júpiter Tonante.

Luego exhortó a sus caballos, diciendo:

—¡Janto, Podargo, Etón y Lampo! Recordad que Andrómaca ha cuidado de vosotros y os ha ofrecido trigo mezclado con vino. Haced un esfuerzo para ver si podemos apoderarnos del escudo de Néstor y de la coraza, fabricada por Vulcano, que lleva Diomedes.

Dichas estas palabras, soltó las riendas de sus corceles y los troyanos lo siguieron en persecución de los griegos que huían ante ellos. Pronto habrían sido incendiadas las naves y terminada la guerra, si Juno no hubiera incitado a Agamenón para que reanimara a los griegos y éstos presentaran batalla a sus enemigos.

—¡Qué vergüenza cae sobre vosotros, griegos! —gritó—. ¿Qué ha sido de vuestra jactancia?

Y suplicó a Júpiter que concediera la victoria a los griegos. Su ruego fue oído por Jove, que contestó con un portento, pues a través del cielo llegó un águila con un cervatillo entre las garras. Lo dejó caer sobre el altar de Júpiter, y los griegos, comprendiendo que el ave había sido enviada por el dios, arremetieron contra los troyanos, sin pensar en otra cosa que en combatir.

Entonces se desencadenó de nuevo la furiosa batalla y en ella perdieron la vida muchos héroes.

Teucro, hábil arquero, abrigándose tras el gran escudo de Ajax, disparaba una flecha tras otra sobre los troyanos, que caían mortalmente heridos. Pero en vano disparó contra Héctor, y si bien cada una de las flechas que contra él lanzaba iba a herir a uno de los guerreros que lo rodeaban, no podía derribar al héroe troyano.

Una de las flechas se clavó en el pecho del auriga de Héctor. Éste, lleno de rabia, saltó del carro y, dando un terrible grito, cogió una piedra y se dirigió hacia Teucro con el propósito de herirlo. Teucro, a su vez, sacó del

carcaj una aguda flecha y ya estiraba la cuerda del arco cuando Héctor le dio con la piedra en el esternón. El arquero perdió la fuerza y cayó sobre sus rodillas, pero Ajax corrió a defenderlo y lo cubrió con su escudo. Luego dos guerreros se llevaron al herido hacia las naves.

Entonces Júpiter infundió nuevamente el valor en el corazón de los troyanos, los cuales empezaron a perseguir a los griegos que, llenos de terror, emprendieron la fuga.

Juno y Minerva, compadeciéndose de los griegos, habrían bajado del Olimpo para acudir en su ayuda, si Júpiter no las hubiese amenazado con terribles castigos si se atrevían a quebrantar sus mandatos. —Mañana —dijo a Juno— verás espectáculos más terribles, porque Héctor no cesará de matar griegos hasta el día en que Aquiles, el de los pies ligeros, vuelva a combatir contra los troyanos por el cadáver de Patroclo. Así lo ha decretado el hado.

Entonces cayó la negra noche y, mientras los troyanos encendían muchas hogueras para disipar la oscuridad, los griegos sentían satisfacción al ver que, por fin, habían conseguido el descanso. Empuñando su enorme lanza de bronceínea punta, Héctor arengó a los troyanos:

—Oídme —dijo—. Hoy esperaba destruir las tropas griegas y volver luego a la ventosa Troya, pero la noche ha llegado demasiado temprano. Ante ella, pues, hemos de inclinarnos, y así comamos y demos forraje a nuestros caballos. Durante toda la noche tengamos hogueras encendidas para observar si los griegos tratan de huir por el mar. Los heraldos irán por la población pregonando que los adolescentes y ancianos guarden las murallas de Troya, que todas las mujeres enciendan grandes fogatas en sus respectivas casas y que la guardia sea continua para que los enemigos no entren cautelosamente en la ciudad mientras los hombres están fuera. Mañana, al amanecer, tomaremos las armas para trabar encarnizado combate junto a las cóncavas naves, y veremos entonces si el fuerte Diomedes me hace retroceder hasta las murallas de la ciudad, o si yo lo mato con mi lanza y me apodero de sus despojos. Así habló Héctor y los troyanos lo aclamaron. Entonces desuncieron los caballos, les dieron forraje y de la ciudad llevaron leña para alimentar las fogatas.

Toda la noche permanecieron en el campo de batalla con los corazones llenos de esperanza y las hogueras ardiendo. Y como en la tranquila noche aparecen las brillantes estrellas en torno de la fulgente luna y a su luz se divisan las montañas y los valles, en tan gran número eran las

hogueras de los troyanos que ardían ante la ciudad. Alrededor de cada una de ellas estaban sentados cincuenta hombres, y los caballos, comiendo cerca de los carros avena y cebada, esperaban la llegada de la hermosa Aurora.

CAPÍTULO VIII

EMBAJADA A AQUILES

Mientras los troyanos velaban alrededor de las hogueras, los griegos y su Rey Agamenón se sentían agobiados por un insufrible pesar. Entonces Agamenón mandó a los heraldos que, en voz baja, convocaran a junta a todos sus capitanes, procurando no hacer el menor ruido. Luego se sentó tristemente y, una vez que los llamados hubieron acudido a su presencia, se levantó llorando como una fuente profunda que desde un altísimo peñasco deja caer sus aguas sombrías a una hondonada donde nunca dan los rayos del sol. —Amigos, capitanes y príncipes de los griegos —dijo—, Júpiter tiene un corazón duro y me ha envuelto en un grave infortunio. Me prometió y aseguró que obtendría la victoria, pero todo ha sido un vergonzoso engaño, pues ahora me manda regresar en las cóncavas naves a nuestro país y no tenemos otro remedio que hacerlo, porque Troya no caerá nunca en nuestras manos.

Así se expresó y todos sus oyentes guardaron un triste silencio.

Entonces se levantó Diomedes y dijo:

—En cierta ocasión me llamaste cobarde, Agamenón, como saben todos los griegos, jóvenes y viejos. Júpiter te concedió gran poder sobre los demás hombres, pero el valor, que es el más grande de los poderes, no te lo ha otorgado. ¿Crees acaso que los griegos son tan cobardes y débiles como tú? Si tu corazón te mueve a regresar, vete. Ante ti tienes tus naves que te esperan. Pero en cuanto a nosotros, los griegos, nos quedaremos hasta destruir la ciudad de Troya. Y si también estos quieren irse, que huyan a su patria y yo, juntamente con mi amigo Esténelo, seguiremos peleando hasta ver el fin de Troya, pues vinimos aquí por mandato de los dioses.

Entonces habló el anciano Néstor:

—Eres valiente en la batalla, Diomedes, y también prudente en el consejo, pero eres todavía joven, pues por tus años podrías ser mi hijo menor. Oídme con atención, pues nadie, ni el mismo Agamenón, debe desatender las palabras de un anciano como yo. El que apetece las luchas y las guerras vivirá siempre sin familia, sin ley y sin hogar. Ahora preparemos la cena y que los centinelas vigilen al pie del foso que corre

ante la alta muralla, porque esta noche se decidirá la ruina o la salvación del ejército.

Agamenón, siguiendo las indicaciones de Néstor, preparó un banquete y, una vez terminado, el anciano empezó a aconsejarles, diciendo: —Júpiter te ha hecho Rey de varias naciones, Agamenón. Por esto debes dar tu opinión y oír la de los demás que pueda serte útil para el gobierno de tus súbditos. Contra mi parecer te llevaste a la joven Briseida de la tienda de Aquiles el día en que hiciste enfadar al más valiente de tus guerreros. Veamos ahora si podríamos persuadirlo con dulces palabras y agradables presentes a que, de nuevo, combata en favor de los griegos.

Entonces respondió el Rey de hombres, Agamenón:

—Realmente obré mal al dejarme llevar por mi cólera, y con gran placer corregiré mi falta devolviendo mi amistad a Aquiles, amado de Júpiter. Le ofreceré ricos y espléndidos presentes: gran cantidad de oro, doce caballos veloces y siete hermosas esclavas, hábiles en hacer primorosas labores. Con ellas le entregaré a Briseida, y si consiente en venir en nuestra ayuda y conquistamos Troya, la mejor parte del botín que recojamos será suya. Además, lo casaré con una de mis hijas y le daré tierras y ciudades en las que podrá gobernar como Rey.

Inmediatamente eligió a los mensajeros que debían hacer entrega a Aquiles de los presentes que quería ofrecerle.

Estos eran Fénix, caro a Júpiter, el gigantesco Ajax y el divino Ulises. Dos heraldos los acompañaban a fin de anunciar a Aquiles los nombres de los esclarecidos varones que iban a visitarle.

Se fueron los mensajeros por la orilla del estruendoso mar, rogando a Neptuno que les facilitara la misión que cerca de Aquiles los llevaba. Cuando hubieron llegado a las tiendas de Aquiles, lo hallaron deleitándose con una hermosa lira labrada, de puente de plata, que había cogido entre los despojos al destruir la ciudad de Eetión; y con ella recreaba su ánimo cantando las grandes hazañas de los hombres. A su lado estaba Patroclo callado, escuchando atentamente el canto del héroe.

Entonces entraron los mensajeros precedidos por Ulises. Aquiles, atónito, se levantó sin dejar la lira y Patroclo, al verlos, se puso también en pie. —Bienvenidos seáis, amigos —dijo Aquiles—, pues por tales os tengo a pesar de todo.

Diciendo estas palabras, los hizo sentar en sillas cubiertas de purpúreos tapetes y, volviéndose a Patroclo, le dijo:

—Saca la cratera mayor y el más añejo de mis vinos y distribúyelo entre los presentes, pues son mis mejores amigos.

Y de este modo, Aquiles ofreció ricos vinos y delicados manjares a los que llevaban el mensaje de Agamenón.

Una vez terminada la fiesta, Ulises le dio cuenta de los deseos de los griegos y le mostró los presentes que le ofrecía Agamenón para que el héroe Aquiles quisiera de nuevo combatir con ellos.

Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

—¡Tan odioso como las puertas de la muerte, oh Ulises, me es el hombre que piensa una cosa y dice otra! Te diré, pues, lo que me parece mejor. Mucho he trabajado y esforzadamente he combatido por Agamenón. ¿Y qué ganancia me ha proporcionado exponer por él mi vida? Sus presentes me son odiosos. Sin su ayuda puedo ser rico y poderoso. Y además, sé por mi madre Tetis, de argentados pies, que mi vida ha de acabar de una de estas dos maneras: si me quedo a combatir contra la ciudad de Troya, no volveré a mi patria, pero mi fama será inmortal. Si regreso a mi patria, mi vida será larga, pero perderé mi fama. Yo aconsejo a los griegos que se embarquen y vuelvan a sus hogares, porque Júpiter no quiere que en sus manos caiga Troya. Conmigo que no cuenten, pues dura todavía mi enojo.

Entonces dijo Ajax:

—Vámonos, pues, Ulises. Nuestra embajada ha sido vana y hemos de anunciar la respuesta de Aquiles a los griegos, aunque sea desfavorable. Cruel eres, Aquiles; en nada aprecias la amistad de tus camaradas ni tampoco el amor que por ti sienten todos los griegos.

—Id al campo de los griegos y publicad mi respuesta. Decid a Agamenón que hasta que los troyanos lleguen a mis naves y a mis tiendas, no levantaré un dedo en favor de Grecia, pero que aquel día se desvanecerá el poderío de los troyanos.

Oyendo estas palabras, los enviados se despidieron de Aquiles y tristemente regresaron a donde acampaban las tropas griegas, a las que dieron cuenta de la contestación de Aquiles.

Los guerreros escucharon en silencio y luego Diomedes dijo:

—No nos ocupemos más de Aquiles, pues volverá a combatir cuando su corazón se lo mande. Ahora comamos y bebamos y luego vayamos a dormir; en cuanto la bella Aurora de rosados dedos aparezca en el horizonte, tendremos nuevas fuerzas y valor, y combatiremos gustosos por nuestro Rey Agamenón.



Agamenón oyó los acordes de flautas y zampoñas, y risas sonoras llegaban del campo de los enemigos que, a la luz de las fogatas, festejaban alegremente

CAPÍTULO IX

LOS CABALLOS BLANCOS DE RESO

Profundo fue el sueño de los jefes griegos aquella noche, pero el Rey Agamenón no pudo dormir. Acordes de flautas y zampoñas, y risas sonoras llegaban del campo de los enemigos que, a la luz de las fogatas, festejaban alegremente. Y cuando dirigía la vista hacia las cóncavas naves y a los dormidos griegos, se arrancaba furioso los cabellos y su corazón daba tristes gemidos.

Se calzó entonces las sandalias y se echó una rojiza piel de león sobre los hombros; y empuñando la lanza, salió de la tienda para ir a tomar consejo del sabio anciano Néstor.

Tampoco Menelao consiguió conciliar el sueño, pues temía la derrota de los griegos que, por su causa, habían abandonado la patria para ir a combatir contra Troya.

Se cubrió la cabeza con el casco de bronce y sobre las espaldas se puso una manchada piel de leopardo. Tomando asimismo una lanza, fue a la tienda de su hermano para hablar con él.

Cerca de su nave lo halló vistiendo la magnífica armadura. —¿Por qué, hermano querido, te armas ahora? —preguntó—. ¿Quieres mandar a algún compañero para que espíe los movimientos de los troyanos? Temo que ninguno de nuestros hombres sea tan valiente para ir solo, por la noche, a cumplir semejante hazaña.

Agamenón le ordenó entonces que fuese a despertar a los capitanes de las tropas para que acudieran a celebrar un consejo, mientras él, por su parte, iba a despertar a Néstor, el más anciano de los guerreros.

Mientras pasaban a través de los dormidos hombres, hallaron a los centinelas que, lanza en mano, hacían la guardia como perros que cuidan las ovejas de un establo y oyen a una terrible fiera que a través de la selva se acerca a ellos dando terribles gritos.

El anciano Néstor, que ya se dirigía a la tienda de Agamenón, les dijo con gran contento:

—Vigilad así, hijos míos, no sea que os dejéis vencer del sueño y el enemigo pueda acercarse sin peligro.

En el campo abierto, tras el ancho foso que los griegos habían excavado, los reyes llamados a consejo se sentaron para celebrarlo. Entonces Néstor comenzó a hablar, diciendo:

—¡Oh amigos! ¿No habrá entre vosotros un hombre de corazón tan valeroso que, solo, se atreva a ir al campo de los troyanos para saber cuáles son sus planes de mañana? Si uno fuese tan atrevido y pudiera regresar sano y salvo, grande sería su fama entre los hombres y grandes también las recompensas que obtendría.

Entonces contestó Diomedes, valiente en la pelea:

—Gustoso iré yo, Néstor, pero si otro hombre pudiera ir en mi compañía, mayor sería mi valor y mi confianza.

Muchos fueron los que voluntariamente se ofrecieron a ser compañeros de Diomedes, y el Rey Agamenón dijo entonces:

—Diomedes, carísimo a mi corazón, escoge tú mismo a tu camarada.

—Si me mandas que sea yo el que elija —contestó Diomedes—, ¿cómo no voy a designar al divino Ulises, cuyo valor es tan grande? Con él volveríamos sanos y salvos aunque tuviéramos que atravesar ardientes llamas, porque su prudencia es mucha.

—No me dirijas alabanzas, Diomedes —dijo Ulises—. Y disponte a marchar sin tardanza, porque las estrellas han andado mucho y la Aurora está cerca.

Entonces vistieron los dos sus armaduras y sin más dilación se dirigieron al campo de los troyanos, como dos leones en busca de su presa, pisando cadáveres y armas.

A la sazón, se celebraba también en Troya un consejo, y Héctor ofrecía grandes recompensas al hombre que, atravesando la oscuridad, se acercara a las naves de los griegos y consiguiera saber cuáles eran sus planes para la próxima batalla.

Dolón, de ágiles pies y de feo aspecto, pero que era rico en oro y en bronce, se levantó y dijo:—Gustosamente iré hasta las raudas naves para espiar los planes de los griegos, pero jura antes que me darás los caballos y los carros de bronce de Aquiles.

—Ningún otro troyano será llevado por estos caballos —juró Héctor. Entonces Dolón tomó su curvo arco y se cubrió los hombros con una gran piel de lobo; se puso en la cabeza un morrión de piel de comadreja y, empuñando un agudo dardo, se encaminó a la orilla del mar.

En la oscuridad, Ulises oyó el ruido de sus rápidos pasos.

—Oye, alguien llega, Diomedes —dijo—. No sé si será un espía que se acerca a nuestras naves o un ladrón que intenta despojar a los cadáveres de sus armas o joyas. Dejémoslo pasar y luego nos echaremos sobre él. Desviándose del camino, se tendieron entre los cadáveres guardando el mayor silencio.

En cuanto Dolón hubo avanzado un poco, echaron a correr tras él. Éste, al oírlo, se detuvo pensando que fueran algunos de sus amigos que corrían para llamarlo por encargo de Héctor, pero así que aquellos se hallaron a un tiro de lanza, conoció que eran enemigos y emprendió veloz carrera.

Pero como dos perros de agudos dientes persiguen a un cervatillo o una liebre que huye ante ellos, así Ulises y Diomedes perseguían a Dolón. Éste había llegado casi al foso donde hacían la guardia los centinelas griegos, cuando Diomedes le gritó:

—¡Alto! Pues de lo contrario, mi lanza te dará la muerte. Entonces le arrojó el arma, pero errando el tiro intencionadamente, ésta se clavó en el suelo después de pasar casi rozando por el hombro derecho de Dolón. Lleno de espanto y crujéndole los dientes, Dolón se detuvo. Ulises y Diomedes se acercaron jadeantes y lo sujetaron fuertemente.

—No me matéis —exclamó Dolón llorando—, os daré un fuerte rescate de oro, bronce y hierro, si me perdonáis la vida.

—Nada temas —dijo Ulises—. Dinos con sinceridad por qué, de noche, te acercas al campo de tus enemigos.

Entonces Dolón, cobardemente y temblando de miedo, les relató la comisión de que estaba encargado, añadiendo que obedecía el mandato de Héctor. Y en contestación a las preguntas de Ulises, les explicó de qué modo estaban dispuestas las fuerzas de los troyanos y cómo podrían entrar fácilmente en su campo.

—Hacia el mar y muy apartados de los troyanos están acampados los tracios; Reso es su rey. Sus armas son de oro y su carro también de este metal con incrustaciones de plata, todo ello más propio de un dios que de un mortal. Sus corceles son los más hermosos que nunca vi, de gran fuerza y altura, blancos como la nieve y ligeros como el viento.

Atentamente escuchaban Ulises y Diomedes. Y cuando el troyano les suplicó que lo hicieran prisionero en las cóncavas naves, Diomedes lo miró torvamente.

—Importantes son tus noticias, Dolón —dijo—, pero nunca más volverás a espiarnos ni a combatir contra los griegos.

Y antes de que Dolón pudiera pedir gracia, alzó su fuerte espada y de un tajo le cortó la cabeza. Le quitaron el morrion de piel de comadreja, la piel de lobo, el curvo arco y la puntiaguda lanza y, alzándolo todo al cielo, el divino Ulises lo ofreció a Minerva. Entonces colgaron los despojos de un tamarisco y los cubrieron con cañas y ramas del árbol para que, al regresar, no les pasara inadvertido el sitio en que estaban ocultos.

Se apresuraron a franquear el espacio que los separaba del campo de los tracios que, rendidos de cansancio, dormían profundamente con las armas en el suelo y un par de caballos junto a cada guerrero. En medio de ellos dormía Reso, su rey, cuyos ligeros corceles estaban atados con correas a un extremo del carro de plata y oro.

—Mira, ese es el hombre y esos los caballos de que nos habló Dolón —dijo Ulises.

Y entonces empezó la matanza.

Como un sangriento león acomete a un rebaño de ovejas cuyo pastor está ausente, así Diomedes daba muerte a los tracios, hasta que mató a doce. Se sucedían los horribles gemidos de los que perdían la vida a los golpes de su espada y la sangre enrojecía la tierra. Ulises los apartaba del camino para que los caballos de Reso pudieran pasar fácilmente, pues como no estaban acostumbrados a pisar cadáveres, temía que se asustaran.

El décimo tercero en morir fue el mismo rey Reso, el cual, al perder la vida, dio un suspiro, pues los dioses le habían mandado un desagradable ensueño. Entonces Ulises sacó a los caballos del campo, aguijándolos con su arco, porque carecía de látigo.

Ulises dio luego un silbido para avisar a Diomedes de que dejara de matar gente y lo siguiera con su botín real. Diomedes no se decidía a marcharse, dudando si sería mejor llevarse el carro del Rey o matar más tracios. Mientras vacilaba, se le apareció Minerva y le dijo:

—Regresa a las cóncavas naves, Diomedes, antes de que otro dios despierte a los troyanos y tengas que emprender precipitada fuga. Y en efecto, entonces Apolo despertó a un pariente de Reso, el cual

comenzó a lamentarse al ver el gran número de muertos y moribundos que a su alrededor estaban, y al observar que habían sido robados los caballos del Rey.

Pero Diomedes y Ulises habían ya montado los blancos corceles y, tan ligeros como la nivea espuma en las crestas de las encolerizadas olas, atravesaron las oscuras sombras de la noche hacia donde estaban las cóncavas naves.

Al llegar al tamarisco donde habían colgado los sangrientos despojos de Dolón, Diomedes saltó al suelo y, cogiéndolos, los entregó a Ulises. Luego montó de nuevo y, picando a los caballos, prosiguieron velocísima carrera.

El ruido de los cascos de los caballos al chocar contra el suelo llegó a oídos de Néstor, y precipitadamente reunió a los capitanes griegos para recibir a Diomedes y Ulises.

Entonces los dos héroes llegaron y ligeramente echaron pie a tierra, siendo recibidos con gran alegría por sus camaradas.

Y cuando hubieron oído el relato de la muerte de los tracios y cómo se apoderaron de los caballos de Reso, Ulises, riendo, condujo a los corceles a través del foso y los colocó en el mismo establo en que se hallaban los demás caballos de Diomedes. Luego los dos héroes se metieron en el mar para lavarse el abundante sudor de sus piernas, muslos y cuello, y una vez limpios, se sentaron a la mesa y, sacando una crátera llena de vino dulce como la miel, lo bebieron en honor de Minerva.

Entretanto, en el campo de los troyanos se oían tristes lamentos por lo que había acontecido durante la tercera guardia de la noche.

CAPÍTULO X

BATALLA EN LA LLANURA

Pasó la noche y con la pálida Aurora empezó la furiosa batalla, en la que se hicieron grandes proezas.

Entre todos los guerreros se distinguió por sus hechos Agamenón, pero contra él combatían los dioses. Al mediodía, él y muchos guerreros griegos, gravemente heridos, se vieron obligados a abandonar el campo de batalla.

Una flecha disparada por el arco de Paris hirió a Macaón, hábil médico de los griegos, cosa que les infundió gran temor de que tan sabio médico muriese y no pudieran así curarse las heridas recibidas en la batalla. El anciano Néstor tomó a Macaón en su carro y, al galope de sus caballos, lo condujo hacia la orilla del mar.

Sentado cerca de la popa de su nave, estaba Aquiles observando desde lejos la batalla y los hechos de sus amigos y camaradas. Deseando entonces tener más detalladas noticias, mandó a su fiel amigo Patroclo a la tienda de Néstor para enterarse y para preguntar el nombre del guerrero herido.

Néstor habló a Patroclo con palabras irritadas:

—¿Qué le importa a Aquiles el nombre de los griegos heridos? Muchos jefes griegos han derramado hoy su sangre, pero Aquiles, a pesar de su valentía, no se ocupa de sus amigos ni se apiada de ellos. ¿Has olvidado, Patroclo, aquel día en que tu padre te habló de ti mismo y de Aquiles? "Hijo mío", te decía, "Aquiles te aventaja por su nacimiento y por su valor. No obstante, es más joven y te recomiendo que le aconsejes cariñosamente cuando de ello tenga necesidad, y te obedecerá para su propio bien". Ahora, Patroclo, deberías persuadir a Aquiles para que tomara parte en la batalla, pero si no quiere, dile que te preste sus armas para que los troyanos, al verlas, huyan ante ti creyendo que Aquiles vuelve a combatir por los griegos.

Así habló Néstor y conmovió el corazón de Patroclo, el cual, rápidamente, volvió hacia la nave de Aquiles.

La batalla era más furiosa a medida que iban transcurriendo las horas. Los troyanos llegaron hasta las murallas construidas por los griegos y allí los atacaron sin hacer caso de la lluvia de piedras que sobre ellos caía.

Ante las puertas había una piedra tan grande que dos hombres forzudos no hubieran conseguido alzarla y cargarla en un carro, pero Héctor la movió fácilmente, gracias a que uno de los dioses la volvió ligera, y con poderoso empuje la arrojó contra las puertas. Se rompieron ambos quiciales y la piedra fue a dar en el interior; crujieron las tablas y, como no ofrecieron bastante resistencia, cada uno de los batientes de la puerta se fue por su lado. Héctor entonces saltó al interior con los ojos llameantes y lleno de ardimiento. Nadie, a no ser un dios, hubiera podido detenerlo, y tras él siguieron todos los troyanos. Entretanto, los griegos se refugiaron en las cóncavas naves y se promovió gran confusión.

Cerca del mar combatía Ajax, y a su alrededor se congregaron los griegos formando una poderosa muralla de hombres, dispuestos a morir por el honor de su querida patria.

Como una enorme piedra que cae de una cumbre y desciende rebotando con ruido espantoso que resuena en el bosque, tronchando todo lo que a su paso halla, y va por fin a detenerse en la llanura, así avanzaba Héctor matando siempre y amenazando no detenerse hasta llegar a las naves griegas. Pero antes topó con las falanges enemigas y ante ellas hubo de detenerse, después de haber sostenido un formidable choque. Ante él caían a montones hombres mortalmente heridos, cuyos lamentos se mezclaban al horroroso fragor de la batalla, antes de que la negra noche cegara sus ojos.

—¿Crees acaso poder saquear estas naves? —gritó Ajax a Héctor—. ¡Los dioses, y no los hombres, son causa de lo que sucede! Te aseguro que no transcurrirá mucho tiempo antes de que Troya caiga en nuestras manos, y tú mismo ruegues a Júpiter que tus caballos sean más ligeros que los gaviñanes cuando emprendas la fuga a través de la dilatada llanura. Entonces contestó el esclarecido Héctor:

—Eres un fanfarrón y un deslenguado, pero me importan poco tus palabras, porque el día de hoy será funesto para los griegos, y tú también, Ajax, morirás si tienes la osadía de aguardar mi larga lanza. Ésta te dará la muerte y serás pasto de los perros y de las aves de rapiña.

Entretanto, el Rey Agamenón estaba en su tienda agobiado por la tristeza. Los reyes que a su alrededor se hallaban le aconsejaron que mandara echar las naves al mar para emprender una precipitada marcha.

—No es vergonzoso huir de la ruina —dijo él.

Pero Ulises y Diomedes protestaron con energía ante las cobardes palabras de su Rey.

—Más vale volver al campo de batalla, aunque estemos heridos —dijo Diomedes—, pues por lo menos daremos ánimos a los demás. Obedecieron todas sus palabras y con ellos salió Agamenón. Y de nuevo, durante todo el día, continuó la mortífera pelea. Tan pronto llevaban la ventaja los troyanos como los griegos, sin que la victoria se decidiera finalmente por ninguno de los dos ejércitos combatientes.

Por último, el fuerte Ajax lanzó una enorme piedra contra Héctor, y éste cayó a su empuje. Como viene a tierra el roble arrancado de raíz por el rayo de Júpiter, así cayó Héctor. Los troyanos se apresuraron a retirarlo del campo de batalla, mientras él daba profundos suspiros y vomitaba negra sangre.

Entonces los griegos atacaron con mayor ardimiento e hicieron retroceder a los troyanos.

Héctor yacía casi moribundo en el suelo, pero a la sazón, el divino Apolo fue, por mandato de su padre, a infundirle gran vigor y nuevas fuerzas. Gracias a ello, Héctor se levantó dotado de la fuerza de diez hombres y, de nuevo, guio a los suyos tan acertadamente que los griegos empezaron a retroceder otra vez.

Patroclo, en su tienda, estaba curando a un amigo herido, cuando vio que los griegos eran derrotados, y entonces se dijo:

—Es necesario que me apresure a presentarme ante Aquiles. Ha llegado la ocasión de que se decida a tomar parte en la batalla.

CAPÍTULO XI

MUERTE DE PATROCLO

Mientras ambos ejércitos sostenían una encarnizada lucha al lado de las cóncavas naves de negra proa, Aquiles, desde su tienda, escuchaba impasible el ruido de la batalla, mirando fríamente cómo los griegos caían sobre la ensangrentada tierra.

Entonces se presentó Patroclo ante él, vertiendo abundantes lágrimas. —¿Por qué lloras, Patroclo? —le preguntó Aquiles—. Pareces una niña que va con su madre y, deseando que la coja en brazos, tira de su vestido y la mira llena de lágrimas.

Entonces, dando un profundo suspiro, Patroclo contestó:

—Entre las naves yacen los mejores y más valientes griegos, gravemente heridos o muertos. Implacable eres, Aquiles, despiadado y rencoroso. Pero si no quieres tomar parte en la batalla, te ruego que, por lo menos, me des tus armas y tu caballo, y así tal vez los troyanos me confundirán contigo y la victoria será finalmente de los griegos.

Entonces contestó Aquiles, muy apesadumbrado:

—Los griegos me arrebataron mi bien ganado botín, pero dejemos lo pasado, porque no es posible guardar siempre la cólera en el corazón. He dicho que hasta que los troyanos llegaran a incendiar mis propias naves no tomaría parte en el combate; pero no obstante, consiento en lo que me pides. Toma mis armas, conduce a mis hombres a la batalla y haz que los troyanos se alejen de las naves de los griegos. Y retrocede luego, dejando a los demás el cuidado de hacerlos huir a través de la llanura.

Mientras Aquiles hablaba, Ajax, completamente extenuado, ya no resistía con furia el empuje; los troyanos se precipitaban hacia las naves. En sus manos llevaban encendidas antorchas que arrojaron a uno de los bajeles, y pronto se extendió sobre él una llama inextinguible. Entonces Aquiles, golpeándose el muslo, dijo a Patroclo: —¡Apresúrate! ¡Están incendiando las naves! Vístete y yo, entre tanto, reuniré a mis hombres.

Patroclo vistió la armadura de brillante bronce. Colgó de su hombro una espada guarnecida de clavos de plata, abrazó un grande y fuerte escudo y se cubrió la cabeza con un hermoso casco, cuyo penacho de

crines de caballo ondeaba en la cimera, y tomó además dos fuertes lanzas.

Luego montó en el carro de Aquiles y Automedonte, el más hábil de los aurigas, se dispuso a guiar los caballos.

Ligeros como el viento del Este eran Janto, Balio y Pédaso, los corceles de Aquiles.

Éste reunió a sus hombres que, con gran contento, tomaron las armas y se dispusieron a combatir como lobos.

—Muchas veces me acusasteis de cruel al impediros que tomarais parte en la batalla contra los troyanos —dijo Aquiles—, pero ahora os devuelvo la libertad para que podáis batiros furiosamente como es vuestro gusto. Acudieron, pues, a lo más recio del combate y, mientras marchaban, Aquiles, en su tienda, ofreció un sacrificio a Júpiter.

Se esparcieron los guerreros como las avispas al ser molestadas por los muchachos, y Patroclo, que los guiaba, los iba enardeciendo para que se portaran valientemente en la refriega.

A los pocos instantes, la espada de Patroclo mató a un poderoso guerrero troyano. Cuando sus compañeros vieron a Patroclo que vestía la brillante armadura del héroe y que iba montado en el carro de éste, creyeron que realmente era Aquiles, y sintieron gran pánico.

Fácilmente fueron rechazados los troyanos, el fuego extinguido y la batalla se desarrolló a mayor distancia del foso, que estaba casi lleno por los cadáveres de hombres y caballos. Pero los corceles de Aquiles franquearon tal obstáculo y Patroclo hizo huir a Héctor hasta llegar a las murallas de Troya. Luego hizo dar la vuelta al carro y, advirtiendo a los troyanos fugitivos, les cerró el paso, obligándolos a retroceder hacia las naves. Ante la furiosa acometida de sus rápidos corceles, otros caballos cayeron y otros carros volcaron, aplastando en su caída a varios hombres. Patroclo iba sembrando la muerte entre muchos jefes, y aquel día gran número de hombres perdieron la vida ante él.

Únicamente uno de los jefes troyanos conservó su valor ante el guerrero que vestía las armas de Aquiles.

—¡Oh, qué vergüenza, troyanos! —gritó Sarpedón a sus hombres—. ¿A dónde huís? ¡Yo iré al encuentro de este hombre que siembra la destrucción y la muerte entre la hueste troyana!

Entonces saltó de su carro empuñando las armas y Patroclo, al verlo, hizo lo propio.



La punta de la lanza pasó volando sobre el hombro izquierdo de Patroclo

Patroclo arrojó la lanza y no dio a Sarpedón, pero en cambio mató a su auriga. Inmediatamente Sarpedón arrojó su arma, que tampoco dio en el blanco, pero derribó al suelo al caballo Pédaso. Éste cayó profiriendo un agudo relincho y coceando al perder la vida. Los otros dos caballos del carro, forcejeando para separarse de su compañero muerto, se enredaron en las riendas y crujió el yugo. Pero Automedonte saltó al suelo, cortó con su espada los tirantes que retenían el cadáver de Pédaso y los otros dos caballos se tranquilizaron enseguida.

Entretanto, los dos héroes combatían furiosamente uno contra otro. Sarpedón arrojó otra lanza contra Patroclo, la cual pasó rozándole un hombro. Patroclo, entonces, lanzó la suya, y no inútilmente, porque el arma atravesó el corazón de su contrario, el cual cayó como el árbol que con afiladas hachas cortan los leñadores, y rechinando los dientes y cogiendo con las manos el ensangrentado polvo, dio el último suspiro. Entonces se trabó un terrible combate sobre el cadáver de Sarpedón, y varios guerreros perdieron la vida ante las acometidas de Patroclo.

Y más terrible todavía era la lucha en las filas de los troyanos, en las cuales combatía entonces rabiosamente el dios Apolo.

Nueve hombres, todos guerreros famosos, mató Patroclo y, enardeciéndose con ello, pretendió escalar las murallas de Troya. Tres veces lo hizo retroceder Apolo y, cuando por la cuarta reanudó el ataque, el dios le increpó con aterradoras voces:

—¡Retírate, Patroclo, pues el hado no ha dispuesto que la ciudad de los troyanos sea destruida por ti ni por Aquiles, que tanto te aventaja! Contra Patroclo guio entonces Héctor sus caballos, pero aquél, saltando de su carro, cogió una piedra y la arrojó contra su enemigo. Si bien no le dio, derribó en cambio a su auriga, el cual cayó al suelo moribundo. —¡Qué hombre tan ágil! —exclamó Patroclo burlonamente—. ¡Con cuánta facilidad ha dado una voltereta desde el carro al suelo! Entonces Héctor saltó de su carro, y fue al encuentro de Patroclo, y el ruido de su lucha fue semejante al del huracán que en el bosque derriba a los gigantescos árboles.

Al ponerse el sol, la victoria quedó para los griegos. Patroclo acometió tres veces a los troyanos y en cada una mató por su mano a nueve hombres. Pero cuando se disponía a atacar por cuarta vez, Apolo le salió al encuentro. Mas Patroclo no vio al dios, el cual, cubierto por densa niebla, le dio un fuerte golpe en la espalda, entre los anchos hombros, y le quitó el casco, que rodó con ruido hasta los pies de los caballos. El estupor se apoderó del espíritu del héroe; se le rompió en la mano la larga lanza que empuñaba y el ancho y poderoso escudo cayó ruidosamente al suelo. Y antes de que pudiera divisar al enemigo, un troyano le clavó la lanza entre los hombros y Patroclo, gravemente herido, retrocedió. Cuando Héctor advirtió que Patroclo se alejaba herido, se llegó a él y le hundió en el cuerpo su lanza de bronce, y el héroe cayó con estrépito. —¡Te jactaste de que saquearías mi ciudad! —gritó Héctor—. ¡Ya lo ves, ahora tu cuerpo va a ser pasto de los buitres!

Con débil voz contestó Patroclo:

—No eres tú, gran Héctor, el que me ha vencido, pues a veinte guerreros como tú habría yo dado muerte. Los dioses me han derribado y te has aprovechado solamente de lo que ellos hicieron antes. Pero fíjate en lo que voy a decirte: tampoco vivirás largo tiempo, pues la Muerte está a tu lado.

Y dichas estas palabras, la muerte lo cubrió con su manto y sus oídos no oyeron más el fragor de la batalla.

CAPÍTULO XII

AQUILES TOMA PARTE EN EL COMBATE

Una vez muerto Patroclo, aumentó el ardimiento de los dos bandos y combatieron con más furor que antes, si tal cosa era posible. Héctor lo despojó de las armas de Aquiles, y los troyanos quisieran haberse llevado el cadáver a la ciudad para profanarlo y avergonzar a los griegos; pero éstos, con ánimo de impedirlo, siguieron combatiendo con fiereza hasta que la tierra estuvo empapada en sangre y los cielos resonaron con el estruendo de la batalla.

Entonces se presentó ante Aquiles el mensajero Antíloco, de veloces pies, para darle cuenta de la suerte de Patroclo.

—¡Patroclo ha muerto! —gritó—, ¡y alrededor de su desnudo cuerpo combaten griegos y troyanos, porque Héctor lo ha despojado de sus armas!

Aquiles, al oír estas palabras, profirió un doloroso lamento. El héroe cogió ceniza con ambas manos y la derramó sobre su cabeza, y luego, tendiéndose en el polvo, se arrancó los cabellos. Su madre, la diosa Tetis, oyó los lamentos de su hijo desde su palacio submarino y, saliendo de las profundidades acuáticas, acudió a él, rogándole que le refiriera el motivo de su pesar.

Aquiles le dio cuenta de la muerte de su amigo, y Tetis, la diosa de argentados pies, le dijo:

—No se gloriará Héctor mucho tiempo de poseer la armadura que te perteneció, porque la muerte se le avecina. No vayas a la batalla hasta que yo vuelva trayéndote una hermosa armadura fabricada por Vulcano.

En cuanto Tetis se hubo marchado, apareció ante Aquiles Iris, la hermosa mensajera de los dioses, y le dijo:

—Los troyanos van a llevarse a la ciudad el cadáver de Patroclo, a menos que tú te muestres ante los enemigos de los griegos. Apresúrate, pues, porque, de lo contrario, llegarías tarde para impedir la profanación del cadáver de tu amigo.

Entonces, completamente desarmado, Aquiles se dirigió hacia el foso que corría fuera de la muralla y allí se detuvo sin mezclarse con los griegos, respetando el mandato de su madre. Luego profirió un gran grito y, al oír

la voz del héroe, se esparció el terror entre los troyanos, que retrocedieron enseguida hacia la ciudad. Entonces los griegos retiraron el cuerpo de Patroclo, y Aquiles derramó ardientes lágrimas sobre su amigo, al que había enviado a la batalla.

Y aquella noche, en la mansión de los inmortales, resonó el ruido del martillo sobre el yunque, pues Vulcano, dios del fuego, estaba ocupado en la construcción de las nuevas armas de Aquiles.

Sacaba del fuego duro bronce, plata y oro, y dos estatuas de áureo metal, semejantes a vivientes jóvenes, ayudaban a su señor a manejar los grandes fuelles para avivar el fuego sobre los crisoles llenos de metal en fusión.

Ningún hombre llevó escudo más hermoso que el construido por Vulcano para Aquiles. Hizo también una coraza más brillante que las llamas y un casco con dorado penacho.



A la mañana siguiente, Tetis se precipitó a la tierra desde lo alto del nevado Olimpo, llevando en sus manos el espléndido trabajo del dios del fuego.

Gran contento sintió Aquiles al vestir la espléndida armadura, y terrible fue su grito de guerra al convocar a los héroes griegos. Ningún hombre, aun los que habían recibido graves heridas, dejó de acudir a su llamada para trabar nuevamente el combate. Agamenón, que también estaba herido, acudió asimismo. Y aquel día, al salir el sol, ante muchos

guerreros que ya no combatirían más después de la próxima batalla, hablaron amistosamente Aquiles y Agamenón, ya disipada su cólera. Deseosos de combatir a las órdenes de Aquiles, los griegos atacaron a los troyanos en la llanura. Como el voraz incendio se ceba en todos los árboles del bosque, mientras sus llamas son impelidas por el huracanado viento, así Aquiles, rechinando los dientes, con los ojos centelleantes y el

corazón traspasado por el dolor que le causara la muerte de su amigo, y lleno de ira contra los troyanos, destrozaba a sus enemigos con poderoso empuje.

Éstos, al huir, se acercaron a la corriente del río Escamandro, pero no se libraron por eso de la acometida de los griegos, y en gran número cayeron a la corriente, tiñendo de rojo las aguas del río. Aquiles era implacable y derribaba con sus fuertes armas un héroe tras otro, haciéndolos caer en la corriente del Escamandro, cuyas aguas eran del color de la púrpura.

Por fin, el poderoso río se irritó al observar su crueldad.

—Llena está mi corriente de cadáveres y todavía sigues matando —dijo al héroe.

Pero Aquiles no hizo ningún caso y entonces, para contenerlo, la furiosa corriente saltó sobre él, arrojándole cadáveres y tratando de derribarlo. Pero mientras las olas chocaban irritadas contra su escudo, Aquiles se asió con ambas manos a un olmo corpulento; mas el río, arrancándolo de raíz, lo hizo caer entre la corriente. Aquiles, amedrentado, emprendió entonces veloz carrera por la llanura, pero las furiosas olas lo persiguieron y por fin lo alcanzaron.

Aquiles, al verse en peligro, imploró a los dioses y en su ayuda llegó Minerva, gracias a la cual el héroe pudo perseguir de nuevo a los troyanos hasta que éstos se encerraron en la ciudad.

Desde ella, el anciano Príamo, Rey de Troya, contemplaba tristemente las hazañas de Aquiles. Y cuando éste se acercó, vistiendo su armadura que brillaba cual las estrellas del firmamento, Héctor, movido por la desesperación, quiso salir a su encuentro y combatir con él. Pero Príamo, temiendo que muriera en su empresa, exclamó: —¡Héctor, amado hijo mío, te ruego que no te batas con ese hombre que es mucho más poderoso que tú!

Su hijo no quiso hacer caso de las palabras de su padre, pues entre todos los troyanos era el único que conservaba su valor. Entonces Hécuba, su anciana madre, le rogó asimismo que no luchara con Aquiles, pero aquel no retrocedió y, apoyando el terso escudo en una torre, esperó la llegada del héroe.

No obstante, al verlo llegar, Héctor, temblando de miedo, dejó el lugar en que se hallaba y huyó espantado. Aquiles empezó a perseguirlo. Viendo Minerva que con igual ligereza corrían los dos, sin que Aquiles

podiera dar alcance a Héctor, tomó la forma de un hermano de éste y, poniéndose a su lado, le ofreció ayuda para combatir contra Aquiles. Héctor, reanimado, se detuvo para luchar contra su enemigo.



La sombra de la Muerte se extendió sobre Héctor

Aquiles blandió y arrojó el primero su fuerte lanza, pero Héctor, al verla venir, se inclinó para evitar el golpe.

Se clavó el arma en el suelo y, recogiéndola Minerva, la devolvió a Aquiles, sin que Héctor se percatara de ello.

Éste arrojó a su vez la lanza y no erró el tiro, pues fue a dar contra el escudo de Aquiles.

Luego, no disponiendo de otra, Héctor desenvainó la espada y arremetió furiosamente contra Aquiles, que combatía con la lanza. Después de algunos instantes de lucha, el héroe griego clavó su arma en el cuello de Héctor, y éste cayó al suelo mortalmente herido.

—¡No permitas que los perros devoren mi cadáver junto a las naves griegas! ¡Entrégalo a mis parientes para que lo lleven a mi casa y los troyanos lo pongan en la pira! —dijo.

Pero Aquiles no quiso acceder a este ruego del moribundo y, en cuanto hubo exhalado el último suspiro, lo despojó de sus armas y entregó el cadáver a sus hombres que, en tropel, acudieron al lugar de la lucha. Los griegos ataron el cadáver a la cola de los caballos, que partieron arrastrándolo hasta las naves griegas, mientras desde las murallas su madre y su esposa Andrómaca contemplaban el horrible espectáculo.

La guerra continuó todavía durante doce días, al cabo de los cuales el anciano Príamo llegó al campo de los griegos y, arrodillándose a los pies de Aquiles, le rogó que tuviera piedad y le devolviera el cadáver de su hijo.

Aquiles se conmovió y accedió a la súplica del anciano, mediante un fuerte rescate. Y con grandes lamentos de hombres y mujeres, el pueblo de Troya recibió el cadáver del divino Héctor.

Sobre él lloró su madre, pues de todos los hijos que tenía, aquél era el más querido.

Andrómaca también, sosteniendo la cabeza inerte de su esposo, dio comienzo a sus lamentaciones, exclamando:

—¡Esposo mío! ¡Has muerto joven y me dejas viuda! Nuestro hijo no llegará, probablemente, a la juventud, porque antes la ciudad será arrasada. Tú eras el defensor de los troyanos, que ahora van a ser llevados a las cóncavas naves de los guerreros, ¡y yo con ellos! ¡Oh, desgraciado hijo mío, que tendrás que ejercer viles oficios por haber muerto tu padre en temprana edad!

También ante su cuerpo lloró Helena y dijo:

—¡Oh, queridísimo hermano mío! ¡Nunca me dirigiste ni una palabra desagradable! He perdido a mi mejor amigo y ya no habrá en Troya quien sea bueno para mí, pues todos me detestan.

Entonces colocaron el cadáver de Héctor sobre la pira funeral y, en cuanto las llamas hubieron consumido su cuerpo, colocaron sus blancos huesos en una urna de oro y sobre ella erigieron un altísimo túmulo, para que todos pudieran ver el lugar en que estaba enterrado. A pesar de la muerte del caudillo de los troyanos, no terminaba la guerra entre éstos y los griegos.

Aquiles murió de un flechazo disparado por Paris. Éste, a su vez, murió herido por una flecha disparada al azar durante la noche por un aventurero, y mientras el monte Ida estaba cubierto de nieve, dio el último suspiro en brazos de Helena.

Llegó un día en que los griegos incendiaron su campo y, embarcándose, emprendieron el regreso a través del mar.

En la playa dejaron un enorme caballo de madera y, al advertirlo los troyanos, lo introdujeron en la ciudad como trofeo de la victoria alcanzada. Pero dentro del caballo estaban ocultos los más valientes guerreros de Grecia, y durante la noche, mientras los troyanos festejaban alegremente, salieron de su escondrijo y abrieron las puertas. Entonces regresaron las tropas griegas y pasaron la ciudad de Troya a sangre y fuego.

Helena no murió. Menelao, su primer esposo, se la llevó a su patria y reinó felizmente con aquella mujer que había acarreado la muerte y el dolor a tantos guerreros, y a la ciudad de Troya, desgracia inmensa.

